

# La Esfera

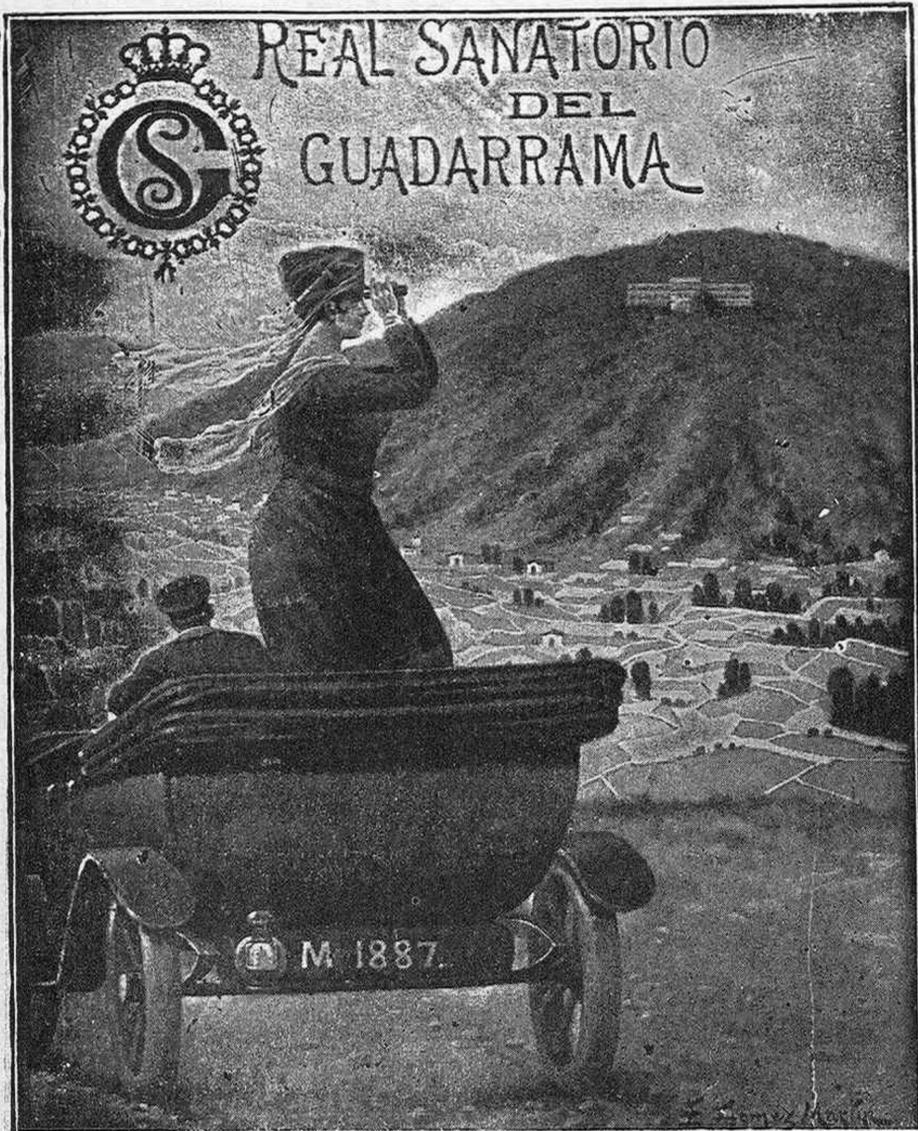
18 JUL 1920

Año VII Núm. 341

Precio: Una peseta



UNA CHULA, cuadro de Casimiro Sáinz



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel de mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.

Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, D. Luis Gonzaga Martínez, COLEGIO DE MÉDICOS, MAYOR, 1

## Misterios de la Policía y del Crimen

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN



**PECHOS** Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCSIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. 27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco.

MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerra o. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. PUERTO RICO, Combs Peyora. MANILA, Gaspar, 150, Mendoza. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



## COMPAÑY FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29, Madrid



### A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizar sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

## PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐  
"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono 5-9

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

#### La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año .....	40 pesetas
» » .....	Seis meses.....	22 »
» » .....	Tres » .....	12 »
EXTRANJERO.....	Un año .....	60 »
» .....	Seis meses.....	35 »
PORTUGAL.....	Un año .....	45 »
» .....	Seis meses.....	25 »

#### Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año .....	15 pesetas
» » .....	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año .....	25 »
» .....	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL.....	Un año .....	18 »
» .....	Seis meses.....	10 »

#### Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año .....	19 pesetas
» » .....	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO.....	Un año .....	30 »
» .....	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL.....	Un año .....	22 »
» .....	Seis meses.....	12 »

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.



## Su linóleo casi nuevo

Puede Ud. hacer fácilmente que el linóleo deslustrado recobre el brillo que tenía cuando nuevo. Todo lo que necesita es tener Cera Preparada de Johnson y un lienzo. Así obtendrá un pulido seco y brillante de gran belleza y durabilidad.

En menos de una hora se puede pulir un piso de dimensiones comunes, facilitándose conservarlo limpio, y sobre el cual se puede caminar inmediatamente.

La

## CERA PREPARADA DE JOHNSON

Líquida y en Pasta

debe usarse para pulir su mobiliario, trabajos de madera y pisos, porque protege y conserva el acabado del barniz, cubriendo todas las raspaduras de la superficie. Limpia y pule con una sola aplicación.

### La CERA PREPARADA de JOHNSON EN POLVO

Con solo rociarla sobre cualesquier piso, se obtendrá luego el mejor encerado para bailar.

Las tiendas de su localidad gustosamente le proporcionarán la Cera Preparada de Johnson y los otros productos Johnson, tan útiles.

S. C. JOHNSON & SON, Racine, Wis., E. U. A.

# PEELE



*Los productos "Peele" superan en  
fragancia a las flores  
firmados por Villar*

La mujer que usa los famosos productos "PEELE" consigue BELLEZA JUVENIL, y la conserva hasta la más avanzada edad. Los productos "PEELE", por su pureza y maravillosos resultados, tienen fama mundial y son recomendados por eminentes autoridades médicas.

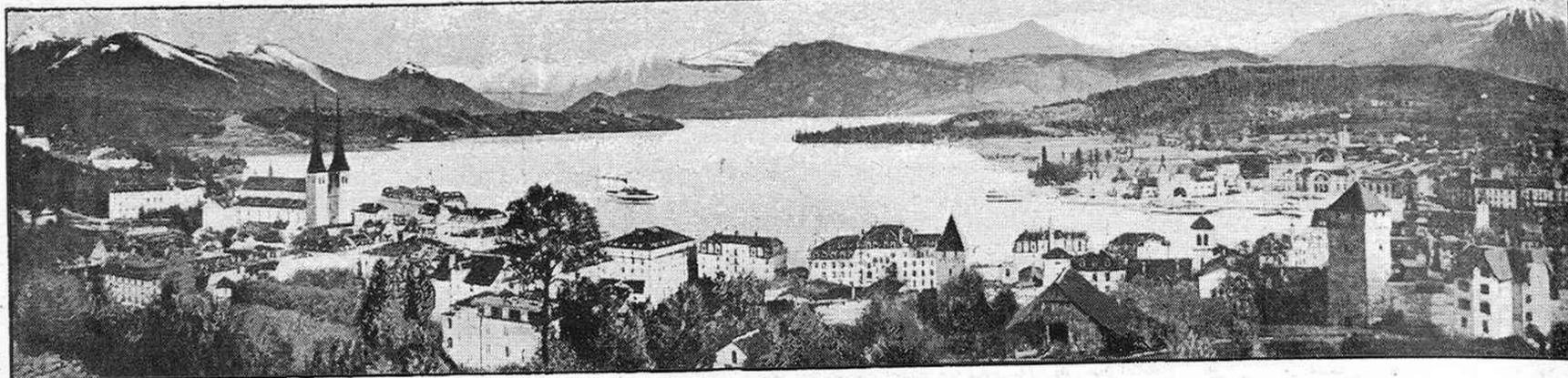
De venta en todas las Perfumerías,  
principales Farmacias y en la



**CASA PEELE, Soc. Col.<sup>a</sup>**  
MADRID  
Carrera de San Jerónimo, 40

#### IMPORTADORES EXCLUSIVOS

**para la ISLA DE CUBA:** «LA TIJERA», MENÉNDEZ, RODRÍGUEZ Y C.<sup>a</sup>, Ríola, 115-117, LA HABANA;  
**para CHILE, BOLIVIA y EL PERÚ:** JUAN MESQUIDA MERCE, Casilla 2.257, SANTIAGO DE CHILE;  
**para las ISLAS FILIPINAS:** MARTINI DRUG. C<sup>o</sup>. INC., Plaza Mayor, 29, MANILA; **para EL BRASIL:**  
CASA ROMERO, Rúa San José, 23, RÍO JANEIRO; **para MÉXICO:** CARLOS S. PRATS, Avenida Hombres Ilus-  
tres, 5, MÉXICO; **para COLOMBIA:** FEDERICO SOLER, en BARRANQUILLA; **para LA ARGENTINA  
Y EL URUGUAY:** ALVAREZ MULEY Y C.<sup>a</sup>, Victoria, 1.041, BUENOS AIRES.



LA ESTANCIA MAS ENCANTADORA  
DE VERANO Y OTOÑO

# LUCERNA

GRAN CENTRO  
DE TURISMO

**CASINO, TENNIS, CANOTAJE, BAÑOS Y RECREOS.** Punto de salida para bonitas excursiones en vapor y en ferrocarril de montaña. Para todos informes, dirigirse al **BUREAU OFFICIEL DE RENSEIGNEMENTS DE LUCERNE (Suiza)**, quien remitirá gratuitamente la guía ilustrada de la estación.

## CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Agente de "Prensa Gráfica" en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", dirigirse á la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo Gráfico". Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.<sup>a</sup>**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes **Sres. Ortigosa y C.<sup>a</sup>**, únicas personas autorizadas.

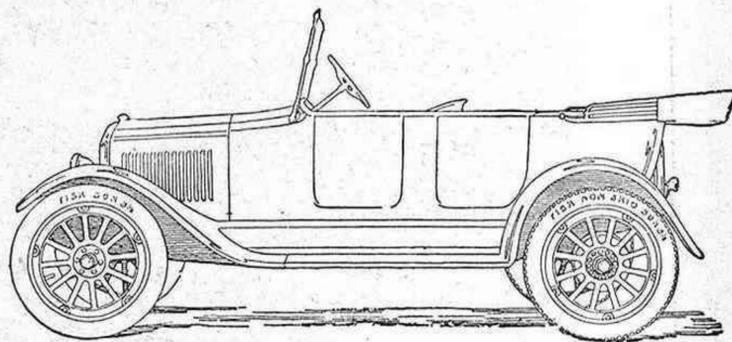
Delegación de "Prensa Gráfica" en Portugal, **don Alejo Carrera**. Rua Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones dirijanse á las delegaciones de "Prensa Gráfica" y "El Sol" en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Cabrera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canaletas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.



### DESCONOCIDO "CONFORT"

El **OVERLAND 4** resuelve con el mayor éxito el problema de armonizar, en un coche de precio módico, un verdadero *comfort* con poco consumo.

Los nuevos muelles de suspensión en tres puntos le dan las calidades de *comfort* de un coche de 3,30 metros de longitud de suspensión, mientras que la distancia de 2,54 metros entre los ejes de las ruedas aseguran la economía de gasolina, aceite y neumáticos.

La buena calidad de los materiales, en construcción perfecta, su completo equipo, hacen del **OVERLAND 4** un coche de primer orden. Quedaréis satisfechos con su aspecto y los servicios rendidos. Overland tiene agentes en todas las principales ciudades de España, donde se puede ver el modelo **OVERLAND 4**.

Para informes sobre este coche, ó para obtener un catálogo ilustrado, dirigirse ó escribir á

SOCIEDAD COOPERATIVA AUTO INDUSTRIAL "EXCELSIOR"

Calle de Alvarez Baena

MADRID

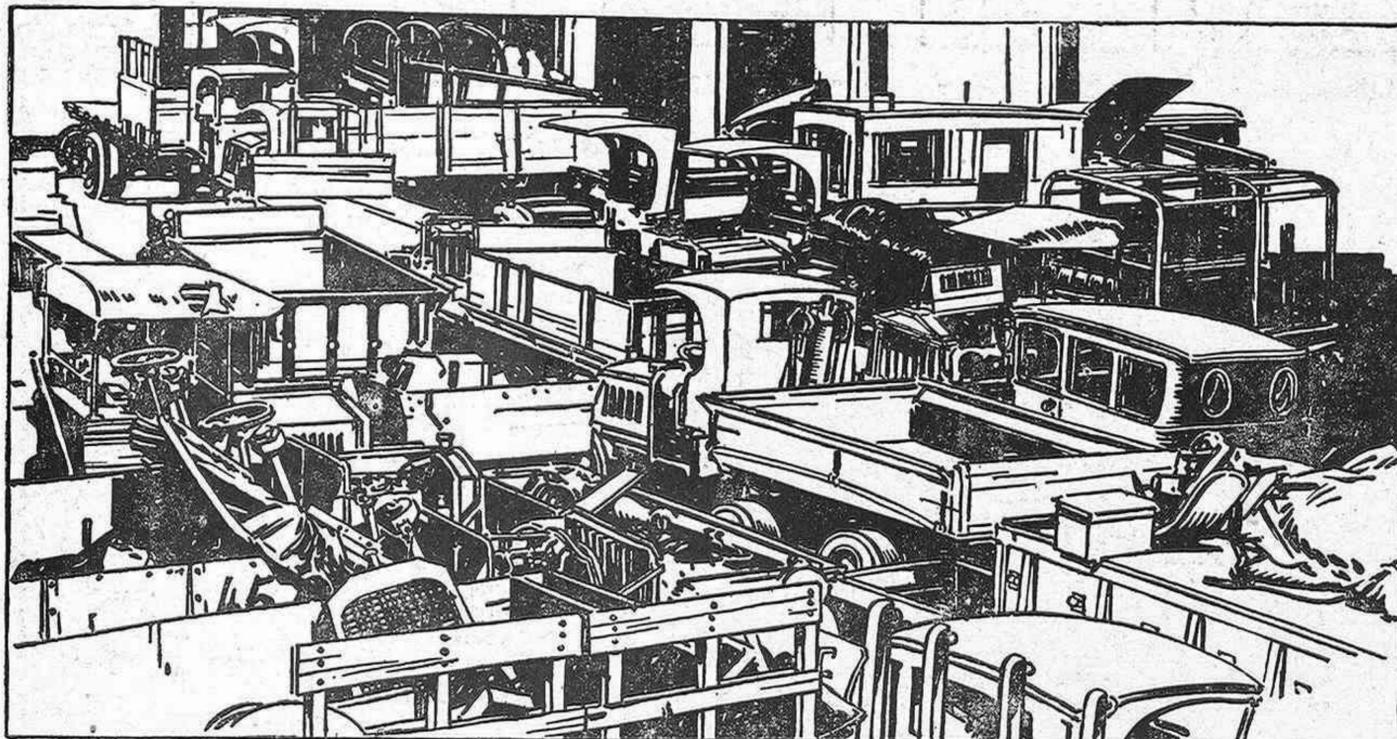


Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la  
**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**  
**PUERTA DEL SOL, 6 MADRID**

**SE VENDEN** los clichés usados en esta Revista.  
Dirigirse á Hermsilla, número 57.

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

# LA PAPELERA ESPAÑOLA



Momentos antes de la subasta. 253 autocamiones usados, de diversos fabricantes, que van a ser vendidos en pública subasta y que representan una inversión de \$750,000 y una depreciación de más del 60 por ciento.

## ¿Quiénes son los beneficiados?

“**L**A situación económica se normalizará tan pronto como los fabricantes calculen sus precios con el mínimo de utilidad” — ha dicho un personaje de reputación internacional como autoridad en asuntos comerciales.

“La exageración en los precios del producto de una industria determina la subida en los precios de otros productos, creando una situación falsa para todos los industriales. Los únicos beneficiados son los comerciantes astutos.” Desde un principio, la Compañía Packard estableció, como base fundamental de su organización,

un precio equitativo a sus productos.

Los precios cotizados por la Compañía Packard son netos.

Los autocamiones Packard se construyen para que presen satisfactorio servicio durante diez o más años.

Son autocamiones de construcción uniforme, producto exclusivo de los talleres Packard y no vehículos improvisados, con piezas obtenidas aquí y allá.

**L**A Compañía Packard tiene la convicción de que cuando un comerciante, un industrial o un agricultor compra un autocamión, lo que realmente adquiere es transporte, y que lo que

busca son resultados prácticos, costo equitativo y mérito intrínseco.

La Compañía Packard está constituida por ingenieros peritos en cuestiones de transporte y todas las actividades de su organización tienen como único objeto satisfacer esa gran demanda de transporte a un costo fijo.

**T**ODO el que compra un autocamión Packard lo obtiene sobre la base de su valor intrínseco y no porque sea un “comerciante astuto”, pues fácilmente se averigua que el precio que paga es el que justamente corresponde a la calidad superior del vehículo que adquiere.

**PACKARD MOTORS EXPORT CORPORATION**

1861 BROADWAY, NEW YORK, U. S. A.

**INDUSTRIA AUTOMÓVIL, S. A.**

Aribau, 226, Barcelona

# Hipofosfitos Salud



## Renovación de vida

proporciona este FAMOSO JARABE después de vencer el peligro, dominándolo definitivamente.

Neurastenia, Anemia, Debilidad, Insomnio, Desnutrición, Convalecencias, Hipocondría, etc.

### APROBADO POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

**AVISO:** Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja. En la Argentina pídase "HIPOFOSALUD"

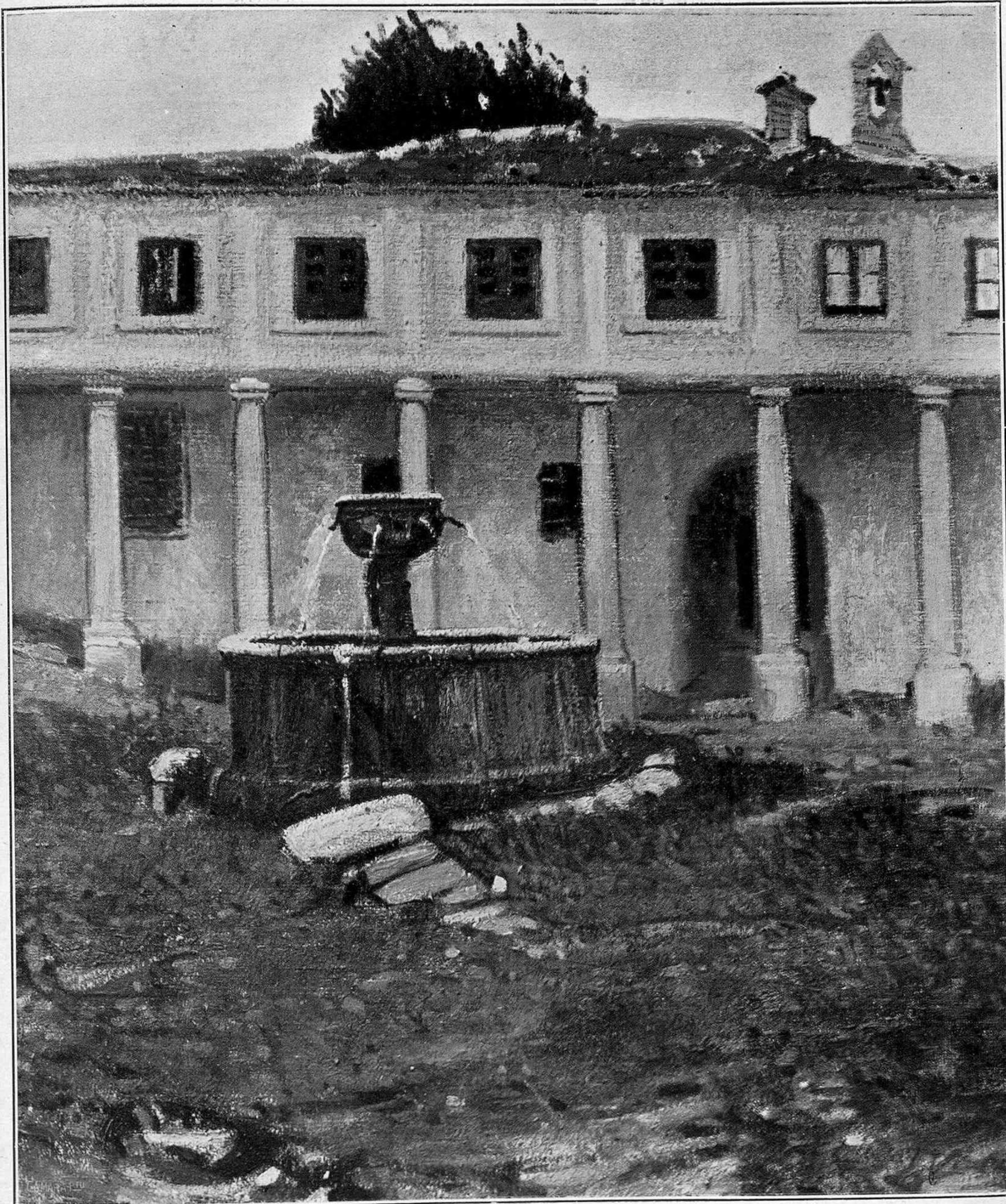
**Agentes para la venta.**—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.<sup>a</sup>, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—*En Venezuela:* Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Filipinas:* Martini Drug C<sup>o</sup> Inc. P. Moraga, 29. Tel. 535, Manila.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madielo, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Liminana, Santa Victoria, 850, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En Méjico:* F. García Castelló, Avenida República El Salvador, núm. 50, Méjico.

# La Esfera

Año VII.—Núm. 341

17 de Julio de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



RINCÓN PLÁCIDO

Cuadro original de Joaquín Valverde

DE LA VIDA  
QUE PASA

## MÁS SOBRE LA VIDA SENCILLA

PARA la mayor parte de las buenas obras hace falta un grano de mala pasión. El hombre es así. Aunque sea bueno como el pan, necesita—lo mismo que el pan—la levadura ácida, es decir, la mala pasión. Podríamos creer que algunas tendencias de nuestras costumbres hacia la vida sencilla obedecían exclusivamente á una meditación acerca de la vanidad del lujo, á un arrepentimiento por el delito de ser fastuosos y ostentosos y dilapidadores en un mundo pobre. Sin embargo, no es así. En gran parte nos mueve la malignidad, y todos los que se lanzan á la calle, con la alpargata del guerrillero y el campesino trajinante, lo hacen pensando en jugarle una mala pasada al honrado gremio de zapateros.

Es así el hombre. Si obedeciera sólo á nobles impulsos, le parecería que moraba en el limbo. Casi todas las vidas de santoral demuestran que en la lucha contra el enemigo malo, el santo goza menos con el triunfo del bien que con la burla y derrota de Satanás. Habría que depurar los sentimientos que hoy nos llevan á la vida sencilla. Mejor dicho: habría que ver antes si vamos, en efecto, á la vida sencilla.

Nace esta inclinación á prescindir de lo superfluo como reacción, como cansancio y como escarmiento. Precisamente cuando, terminada la guerra, debió esperarse mayor severidad de conducta y más sabia moralidad de las ambiciones, vimos despertarse en todas las clases un afán más agudo por lo que fué siempre en la vida adjetivo y ornamental. Inundó el mundo el tipo de los «rastacueros», los recién enriquecidos; perdimos todos la noción del dinero, y des-

de ese momento cada cual se pide á sí mismo un esfuerzo mayor, no sólo para subsistir, que eso sería justo, sino para asegurarse en mayor medida el suplemento de bienestar. Pues bien; yo temo que los amantes y propagandistas de la vida sencilla sean los vencidos en esa terrible batalla; los débiles que no tienen bastante fuerza en los codos y en los puños para abrirse camino. Se explica muy bien toda la doctrina de la renuncia, pero tiene ya un mérito muy relativo.

La vida sencilla es la de los honestos varones que saben acomodarse á su pobreza; precisamente porque no pudiendo salir de ella, el buen sentido les aconseja resignarse á vivir con modestia. Así en ellos la sabiduría, más que virtud, es discreción. Para no envenenarse el alma con el espectáculo de la riqueza ajena, lo más prudente es considerar todo lo que está fuera de nosotros como cosa superflua y reducir las ambiciones á la medida de las posibilidades.

Del mismo modo casi todos los arrepentidos, como D. Miguel de Mañara, cuando ya están rotos y gastados, saben encerrar sus huesos en el claustro. Es una santidad con la que Dios transige; pero yo siempre he creído que transige por bondad, y que él la habría estimado mucho más si hubiera hecho explosión á los treinta años.

En el gobierno de sí mismo, lo más difícil es ir guiando las ambiciones. Quererlo todo, cuando las fuerzas no bastan á darnos sino un pequeño gajo de la felicidad; adelantar los acontecimientos, suponiendo que basta con el propósito, y dando por hecho ya lo que apenas si ha salido de la iniciación... Estos grandes peligros son la

ruina de muchos que no piensan en la vida sencilla sino cuando ven todas sus ilusiones por tierra. Entonces llega el momento de reducirse, de comprender, como dice el refrán castellano, que se han estirado los pies más allá de la manta.

Quedamos, pues, en que nuestros propagandistas de la vida sencilla suelen ser, ó ambiciosos que no se atreven á declarar sus ansias, ó vencidos que tienen todavía las costillas brumadas y maltrechas. Yo temo que aquí demos á la práctica de la sencillez una interpretación demasiado literal, y desde luego que se aproveche el tópico por los que viven bien para no compadecer al prójimo que vive mal: «Ya ves—le dirán—, no te quejes de tu estrechez ni de tu pobreza. Lo mejor es llevar una vida sencilla, y puesto que la ambición hace perder el juicio y la tranquilidad, en definitiva, tú, más pobre, vienes á ser más feliz que yo.» No creo que ningún pobre se deje convencer por esas argucias; pero los argumentos de ese género no se han inventado nunca para convencer al que los oye, sino para tranquilizar al que los pronuncia.

Limitar cualquiera de las ambiciones nobles, en el pobre como en el rico, no es dar sencillez á la vida. Todos tenemos derecho á llegar tan lejos como lo consientan nuestras aptitudes. Pongamos, pues, cierta reserva cuando oigamos hablar de la vida sencilla, y cuando la sencillez no esté en lo más íntimo, en el espíritu, en la conciencia, consideremos que no se nos habla sino de una simple norma de administración.

LUIS BELLO

## BODA ARISTOCRATICA EN MADRID



En la iglesia parroquial de la Concepción se efectuó el viernes último la boda de la bellísima señorita María Matilde Pichardo, hija del secretario de la Legación de Cuba é inspirado poeta, D. Manuel S. Pichardo, con D. Luis Díez Pinedo, doctor en Leyes y oficial de la Armada. Los recién casados fueron muy felicitados por la aristocrática concurrencia que asistió á la ceremonia. A esos parabienes unimos el nuestro muy cordial, deseando á los señores de Díez Pinedo todo género de venturas en su nuevo estado. Nuestra fotografía representa á los contrayentes al salir de la iglesia, acompañados de los padres de la novia.

FOT. SALAZAR

# MADRIGAL ROMÁNTICO



Kata ton chronon on Eros enosci.

*Soñé, mi Corazón, que te morías;  
que tu boca se helaba entre mis besos,  
y que todas las lágrimas del mundo,  
el Dolor en su copa recogiendo,  
las iba derramando entre sollozos  
sobre la estatua, aún viva, de tu cuerpo.*

*Soñé, mi Corazón, que te morías,  
y para mí el planeta era un desierto...  
¿Qué nueva antorcha encendería el ara?  
¿Qué nuevo amor alumbraría el templo?*

*Si un encanto tuviera la hermosura  
que conjurara al insaciable espectro,  
que los espacios inferiores hinche,  
transformando la vida en el misterio  
inmenso y silencioso de la tierra,  
serías inmortal; sería eterno  
el cáliz de tu gracia, tu áurea carne,  
que, en las horas de fiebre y de desojo,  
deja siempre mis manos y mis labios  
como llenos de flores, y mi pecho  
ebrio del sol que corre por tus venas...*

*Mas aunque de los dioses el decreto  
segar tu vida sea en plena aurora,*

*de tu belleza avaros, en el cielo  
no ha de caber la llama de tus ojos.  
¡Morirían de envidia los luceros!*

*En mi interior, estrel'a, has de encerrarte,  
uniendo tu destierro a mi destierro;  
y, como dos hermanas, nuestras almas  
seguirán tristemente sonriendo,  
a pesar de la muerte, siempre juntas,  
con la misma sonrisa al mismo sueño...*

Miguel ROMERO MARTÍNEZ

DIBUJO DE BUJADOS

Cuentos de  
"LA ESFERA"

## EL MAL CRISOL



Los focos eléctricos comenzaban a temblar en la claridad azul de la tarde, y en las terrazas de los cafés, llenas de gente, las orquestas tocaban los vales de moda. Mezclado al ocio bullicioso del domingo, un soldado marchaba en dirección a su cuartel, abandonándose a la vulgar melancolía del vals y del crepúsculo, henchida el alma de la remembranza del pueblo, que pronto vería de nuevo; de la madre, de los amigos, de su verdadera vida, en la cual el servicio militar era un paréntesis. Su espíritu estaba ausente aún, cuando al penetrar en el cuerpo de guardia, el sargento le dijo:

—Oye, tú, sube en seguida a la compañía, que te ha tocado formar en el piquete.

Habitado a cumplir las órdenes sin razonarlas, apresuró el paso; pero súbitamente, en la mitad de una escalera, se detuvo. Había comprendido... Y con minuciosidad cruel pasó por su memoria la escena: el soldado abofeteando al superior que lo había insultado; la prisión; la bestial resistencia del pobre hombre, a quien fue preciso sujetar entre ocho, y que vociferaba haber obrado en defensa propia, creyendo que existe ese derecho en el cuartel... Más tarde, el consejo de guerra; los lentos días en espera del indulto, que no llegó; la capilla... ¡Y él estaba destinado a castigar con supremo castigo aquella falta para la que su alma tenía tanta benevolencia! Todo su ser se desquició; un ansia de huir, de desaparecer, de cambiar su suerte hasta por el que iban a fusilar, desarraigó su espíritu. Entró tambaleándose en la compañía; automáticamente respondió al pasar lista; automáticamente destacóse con once reclutas más cuando se lo mandaron, para ir a la orden del día, seguida de una arenga. Las luces compartían mal su virtud, dejando a trechos franjas de penumbra, y las camas, enfiladas a lo largo de ambas paredes, parecían también haber salido de su pasividad para asumir un sentimiento de dolor.

La terrible orden del día se oyó sin murmullo; el sargento bizco a quien el moscardoneo habitual sugería pintorescas e iracundas blasfemias, podía estar contento aquella noche. Al dar el «rompan filas», la formación se deshizo sin la celeridad de costumbre, y el toque de silencio, que a diario interrumpía conversaciones y rasgueos de guitarra, vibró esa noche sobre la inmovilidad de todos.

Fué la primera vez que él sintió el germen de

una rebeldía. Ni en las vicisitudes del aprendizaje, ni en los azares de la profesión, ni en la casa, ni en el colegio, siendo niño, cuando todas las voces entrañaban una autoridad, su sumisión se había desbordado. Hijo de piadosa familia, crecido en una antigua ciudad romántica, su espíritu se movía holgadamente en las fronteras de la fe. Sus aspiraciones eran modestas; cándido y recto su concepto del mundo; un dulce amor lo ligaba a todas las cosas, como quiere el precepto divino. Criado entre faldas de mujeres y de canónigos, adquirió una monótona idea del bien. Era tan incapaz de caer como de levantarse: rueda pasiva que, impulsada por las fuerzas ocultas, no hubiera descompasado con su giro la marcha del engranaje humano. Y ahora, de pronto, con la brutalidad de un mandato que no admite demora, aquella idea de que él tenía que matarlo aplanaba: era una maza, una ventana abierta hacia un precipicio monstruoso.

Despierto, sintiendo la acuidad de su mirada buscar en vano socorro en las camas vecinas, pasó gran parte de la noche. Hacia el final del dormitorio, un hombre cosía sentado al borde del lecho, y al terminar, despezóse en un bostezo y se acostó... Algunos ronquidos y la respiración centenaria que enrarecía el aire hacíanle más sensible su soledad. Una lámpara protegida por arcos de hierro proyectaba en el piso un enrejado que de tiempo en tiempo oscilaba. Esto le hizo pensar en la huida; se incorporó en el lecho, dispuesto a escapar; pero la imposibilidad de descollarse por las altas ventanas, y sobre todo la palabra desertor, que surgió con gruesos caracteres de deshonor y de amenaza en su espíritu, lo hicieron volver a acostarse, dejándole más abatido aún. ¡El había de matar a un hombre!... ¡Cómo un hecho tan terrible podía presentarse con tal sencillez!...

En vano un sofisma venía a tranquilizarlo con el consejo de fundir su personalidad con la de los otros ejecutores. ¡Era él quien tenía que matar; los otros once soldados no existían... ¡Sí, uno de ellos, sí: el voluntario!; ¿cómo podía haber así, friamente, un voluntario para el crimen? ¿Cuál de los que se alinearon era? ¿Qué saña recóndita, qué fiera sed de sangre lo impelia? Luego pensó en el otro, en el que iba a morir. Una sola vez lo había visto con atención, pocos días después de incorporarse al servicio militar: reclamaba con la escudilla tendida delante del furriel, que pre-

tendiendo haberle dado ya su rancho, lo increpó y le puso la mano encima... Aquel pobre hombre entró en el cuartel ya con fama de discolo, predestinado, y sabiendo que no sabía aguantar, los jefes iban a chocarse contra él por instinto, tal vez sin darse cuenta. Recordó su cara cejijunta, la estrecha frente ensombrecida y cortada por un pliegue voluntarioso. ¡Pobre hombre, que tenía de la justicia las ideas rudimentarias del sentido común! Todavía creía verlo; y ahora su fisonomía era una visión demacrada: dos ojos fúlgidos agrandados por el pavor; dos tristes ojos lagrimeantes llenos de imploraciones, de amor a la vida, de ansia de prolongar la última mirada... ¡Y él había de tender su fusil friamente y ser quizá el único que lo hiriera en el corazón! ¡Ah, no!... Por primera vez se rebelaba, se rebelaba.

La noche fué una larga pesadilla. La diana lo alzó del lecho febril, extenuado, pero dueño de una decisión. Una noche de insomnio siempre es fecunda.

El permiso le fué concedido fácilmente. Un buen oficial no deja de conceder a un soldado modelo de automatismo, sobre todo cuando otro soldado va a morir, una hora de relativa libertad. Al salir del cuartel, él hubiese querido respirar toda la paz de la calle; absorber la despreocupación de los transeúntes; mezclarse para siempre con la gente sin uniforme. El tiempo era escaso y apresuró la marcha. Al final de una acera, el convento de jesuitas alzándose adusto, como otro cuartel, y la capilla, que erguía su torre en un ángulo del edificio, estaba, por fortuna, abierta.

Su decisión era ingenua, era digna de él: quería consultar a un sacerdote su línea de conducta. Al oír la misa con los otros soldados, tuvo impulsos de prosternarse ante el capellán y de entregarle su alma tierna, llena de duda, para que la modelase a su antojo; pero ¿no marcaría su Biblia aquel hombre tan seco con hojas de proclamas militares? La fresca tranquilidad del recinto calmó el palpitar de sus sienes.

—Sí— se dijo —, he hecho bien en no consultar al capellán, que podrá ser mayoral, mas no dulce pastor de rebaños.

A él le era preciso la ropa talar y el manso continente... ¡Oh si hubiera estado allí don Manuel, el cura de su pueblo, que iba todos los días a su casa; el que lo hizo cabalgar de mu-

PENAGOS  
XX

chacho sobre sus muslos, y sabía decir palabras suaves como caricias y fuertes como el bronce de la campana de su iglesia! Un fámulo se acercó. Costóle trabajo hacerse comprender. Al fin estuvo de rodillas ante un confesionario y abrió su espíritu...

Sin duda, aquel sacerdote hablaba bien, acaso demasiado bien; pero lo exasperaba... La verdad que lo que él necesitaba era muy sencillo: un punto concreto en medio del llano; y había que ir á esa verdad categórica por la línea recta de una afirmación... ¿Por qué no llegaban á ella? ¿Por qué obligaba á caminar á su alma fatigada por vericuetos, por razonamientos sutiles, senderos sinuosos y abruptos que pasaban á veces cerca de la verdad, tocándola casi, y reptaban después hacia regiones lejanas, dejando la verdad detrás, inabordable, sola, perdida y manchada con reticencias?...

—No, padre; yo quiero una respuesta clara: el sí ó el no de Jesucristo... ¿De todo esto que usted me habla tengo lleno el cráneo! ¿Qué no habré pensado en esta noche eterna de desvelo? Disciplina, deber, acción involuntaria: brazo inconsciente ejecutor de la Justicia... Todas esas cosas con otras palabras que las suyas las he barajado en mi cerebro y las he vuelto á dejar en su sitio, porque no han calmado mi duda. Me he dicho más: me he dicho que soy incapaz de evitar esa muerte... Y nada me ha satisfecho, padre... Por eso vengo aquí; por eso quiero oír en usted la voz de Dios... Hay cosas tan sencillas, que no se pueden resolver con habilidad... No, contésteme: ¿debo apuntarle?... Es un hombre, es mi prójimo; jamás me ha hecho mal; es mi hermano... ¿Entiende? Mi hermano... ¿Debo apuntarle? —Hijo mío...

—¿Debo asesinarlo, ser su verdugo? Una sola sílaba, padre.

Acorralado por la vehemencia de la súplica, el jesuita dijo al fin, en voz baja y constante:

—Debes cumplir con tu deber.

Pero entonces, al través de la celosía, le llegaron estas frases encendidas de cólera:

—¿Por qué tiene la cobardía de no decir lo que piensa? ¿Que apunte, que no deje de perder una bala, que sea disciplinado!

¡Ah, no debí venir aquí á buscar consejo!...

¡No, que lo maten los otros!... ¡Yo, no; yo, no!...

Quando el sacerdote pudo salir del confesionario para calmarle, el eco vibraba aún en la iglesia, pero el hombre había partido ya.

ooo

Mientras sonaba rítmico y trémulo el tambor, pensaba él:

—¿Por qué á la crueldad de la capilla añadirán esta crueldad, este contrasentido de matar siempre al nacer el día, cuando la vida parece comenzar de nuevo? ¿No sería más lógico,

más piadoso, matar al principio de la noche?

La tropa formó tres líneas de un cuadrilátero que completaba un muro. Contendida por la Caballería, la multitud ondulaba; susurraba placenteramente, aterrorizada ante el espectáculo. Toques de corneta hendían el aire; oficiales presurosos transmitían órdenes en voz baja; en la luz incierta del alba, atenuada por la neblina, las formas adquirían vaguedad espectral.

Destacado de las grandes masas de tropa, un pelotón de doce soldados aguardaba frente á la muralla... Un clarín sonó y todas las miradas se

miento de rebeldía: repelió el crucifijo y aceleró el paso.

Rígido, junto á los otros soldados del piquete, el soldado que quiso guardar su corazón de hombre bajo el uniforme, sentía todas las potencias del alma despierta, todos sus nervios tendidos, hasta percibir la impresión de que algo iba á romperse dentro de él... Todavía ignoraba lo que haría en aquel momento, ya tan próximo. ¿Mataría ó no? No queriendo mirar al reo, ya colocado sumisamente junto al muro, hizo un esfuerzo para pensar en otra cosa, y su pensamiento, incapaz de alejarse mucho, fué á caer sobre el que se había ofrecido voluntario para formar en el pelotón de ejecutores; pensó que tal vez fuese el que estaba á su derecha, ó más bien el que estaba á su izquierda, y se encogió, como hubiera hecho ante dos leprosos; pensó que acaso era el que pasaba por encima de su hombro el fusil, y tuvo frío... Aun sin mirar, no podía dejar de ver lo que pasaba allá, junto á la muralla: el grupo de monjes se deshizo; el reo quedó desamparado, de rodillas, cubiertos los ojos por una venda, que le anti-

tipaba las tinieblas donde iba á sumergirse... De pronto, sin que tuviera tiempo de reflexiones, el oficial que mandaba el piquete alzó la espada, descendió, y hubo un resplandor, un cuerpo que cae, el largo escalofrío de la multitud y un trueno que el eco propaga... Y no le fué necesario oír decir que ninguna bala se había perdido. En seguida, antes de que la humareda lo dejase ver, supo la verdad; tuvo la certidumbre de que la herida más espantosa, la que había violado el arca sagrada del cerebro y manchado de salpicaduras el muro, era obra suya.

ooo

Estuvo enfermo. Padeció días de delirio, y al sanar, no reconocía las cosas de su vida anterior, como si algo hubiera muerto en él. Jamás logró reconstituir la fuerza que lo incitara á realizar lo que su voluntad y la tradición de su carácter le prohibían. El viejo hombre no se alzó del lecho del hospital; alzóse su cuerpo, pero animado por otro espíritu, morbosamente contrito primero, hosco después... Esta idea extraña cla-

vóse en su preocupación: tenía que vengarse de alguien. Pensaba que ya no era digno de ser amado por los suyos ni de volver á la mansa vida de antaño. No volvió á escribir á su casa; las cartas más suplicantes se estrellaron contra su obstinación; se desarraigó de los suyos, y sólo halló en la soledad fuente amarga. Tanto quiso demostrarse que era cruel, que consiguió serlo. Cuando la época del licenciamiento sobrevino, su única idea fué no ir á deshonrar á sus padres; salió del cuartel y se perdió torvamente en la multitud.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

DIBUJO DE PENAGOS



volvieron á la izquierda, mientras que, con movimientos simultáneos, las bayonetas fueron ajustadas á los fusiles. Hacia el cuadro, un grupo avanzaba con lentitud; las capuchas cónicas de los hermanos de la Misericordia hacían pensar en los cipreses; las luces de los cirios oscilaban lividas; en el silencio, saturado de angustia, se oyó el llanto de un niño. Junto al reo, el capellán hablaba, mostrándole un crucifijo; comprendíase que sus exhortaciones eran escuchadas, porque el que iba á morir movía la cabeza asintiendo... Lejos, una campana comenzó á doblar prematuramente, y el pobre hombre, al escuchar el toque de su funeral, tuvo un movi-

## La canonización de Juana de Arco y el centenario de la muerte de Napoleón



«Napoleón», cuadro de H. Vernet (Museo del Louvre)

Al reanudar, pasadas la guerra y la post-guerra, las relaciones diplomáticas con aquellos países que fueron sus enemigos, Francia, con mezcla de nostalgia y de inquietud, ha vuelto los ojos hacia otra potencia, con la cual no tiene contacto la República desde hace quince años... Esta potencia es la Iglesia Católica.

La lucha entre el Estado laico y la autoridad religiosa hubo de ser en Francia empeñada y larga: ella fué razón de todas las graves divergencias intestinas que agitaron la vida de la tercera República, y sin temor á exageración, puede afirmarse que, al correr del siglo XIX, toda la historia de Francia giró en torno de esa lucha.

Por ello, al mostrarse el actual Gobierno francés muy inclinado hacia la reconciliación, seguida de una inteligencia duradera y cordial, con el Vaticano, se alzan en pro y en contra de esta po-

lítica las más opuestas opiniones y los más diversos comentarios.

Dicen los partidarios de la reconciliación:

«Deseamos que Francia tenga un embajador en el Vaticano, y que el Papa tenga un nuncio en París; y lo deseamos como católicos, en primer término, y como franceses, en segundo lugar.

«Como católicos, porque es para nosotros doloroso y humillante que nuestro Gobierno muestre hacia nuestro jefe religioso tan escasa deferencia, que ni siquiera juzgue necesario mantener relaciones con él. Este desvío es una injuria gratuita que se infiere al poder espiritual más respetable del mundo, y que inevitablemente coloca á los fieles franceses en situación de inferioridad con relación á los católicos de otros países.

«Como franceses, deseamos igualmente el res-

tablecimiento de las relaciones oficiales con la Iglesia, porque el paréntesis abierto en esas relaciones ha causado graves perjuicios á nuestra Patria.

«El catolicismo es una fuerza internacional formidable, que no puede ni debe desdeñar un Gobierno deseoso de ejercer influencia sobre la marcha de los acontecimientos generales.

«Además, Roma es el primer centro de información mundial. Al Vaticano llegan ecos de todos los extremos de la tierra. Y como Roma es el corazón y el cerebro de la humanidad católica, ocurre que para cualquier católico de cualquier país, son amigos aquéllos que también lo son de Roma, y enemigos aquéllos á quienes Roma considera como adversarios. Durante estos últimos años hemos tenido ocasión de comprobar esta verdad.

«Por si esto fuera poco, existen, dentro de

otro orden de ideas, ciertos problemas de carácter internacional que no pueden ser resueltos sin la intervención de la Santa Sede... Para zanjar tales dificultades, el Gobierno francés tuvo que valerse, más de una vez, de la mediación de ciertos diplomáticos, que precisamente se hallaban en el Vaticano representando á Potencias cuyos intereses eran contrarios á los nuestros... Semejante absurdo no puede continuar.»

A estos argumentos, de innegable valor, oponen los adversarios de la reconciliación las razones siguientes:

«Admitiendo que el Vaticano es una fuerza internacional considerable, no vemos la pertinencia de enviar de nuevo un embajador al Papa. Durante la guerra, cuando fué necesario ponerse de acuerdo con la Santa Sede, bastaron las misiones especiales confiadas al arzobispo de París y á M. Denys Cochin. Se habla del perjuicio que nos causa el no entendernos directamente con Roma para asuntos internacionales tan

importantes como es, por ejemplo, nuestra acción en Siria. Cuanto menos intervenga Roma en tales asuntos, menores han de ser las dificultades que nos salgan al paso en el mundo musulmán. En lo que toca á la afirmación de que el Vaticano es el centro mejor informado que existe, ahí está, para rebatirla, la experiencia de la guerra mundial, que siempre imaginó Roma como habiendo de terminarse con una victoria completa de los Imperios centrales.

»Por otro lado, la Nunciatura de París no podrá conservar, aunque lo quiera, un carácter puramente religioso. Se transformará en el centro y en el cuartel general de todos los franceses enemigos de nuestra actual sociedad laica... Intervendrá, por lo tanto, en nuestra política nacional... Y á poco que ahora mismo se examine el estado de espíritu de las gentes en lo que atañe á tal asunto, se ve que ni el clero francés, ni los fervientes católicos de Bretaña y de Lorena, son quienes mayores impaciencias muestran por

vernos de nuevo en relaciones con Roma. Los entusiastas de este acto de contrición no son sino los políticos de un grupo determinado; grupo que busca un poderoso auxilio exterior sin objeto alguno que no sea el de combatir implacablemente á la República.»

Cierran, por último, la discusión los «vaticanistas» con este supremo recuerdo:

«¿No se han batido todos los fieles y todos los sacerdotes católicos, durante la guerra, en las filas de los ejércitos republicanos?... ¿Cabe, acaso, mayor y más reciente prueba de lealtad?...

ooo

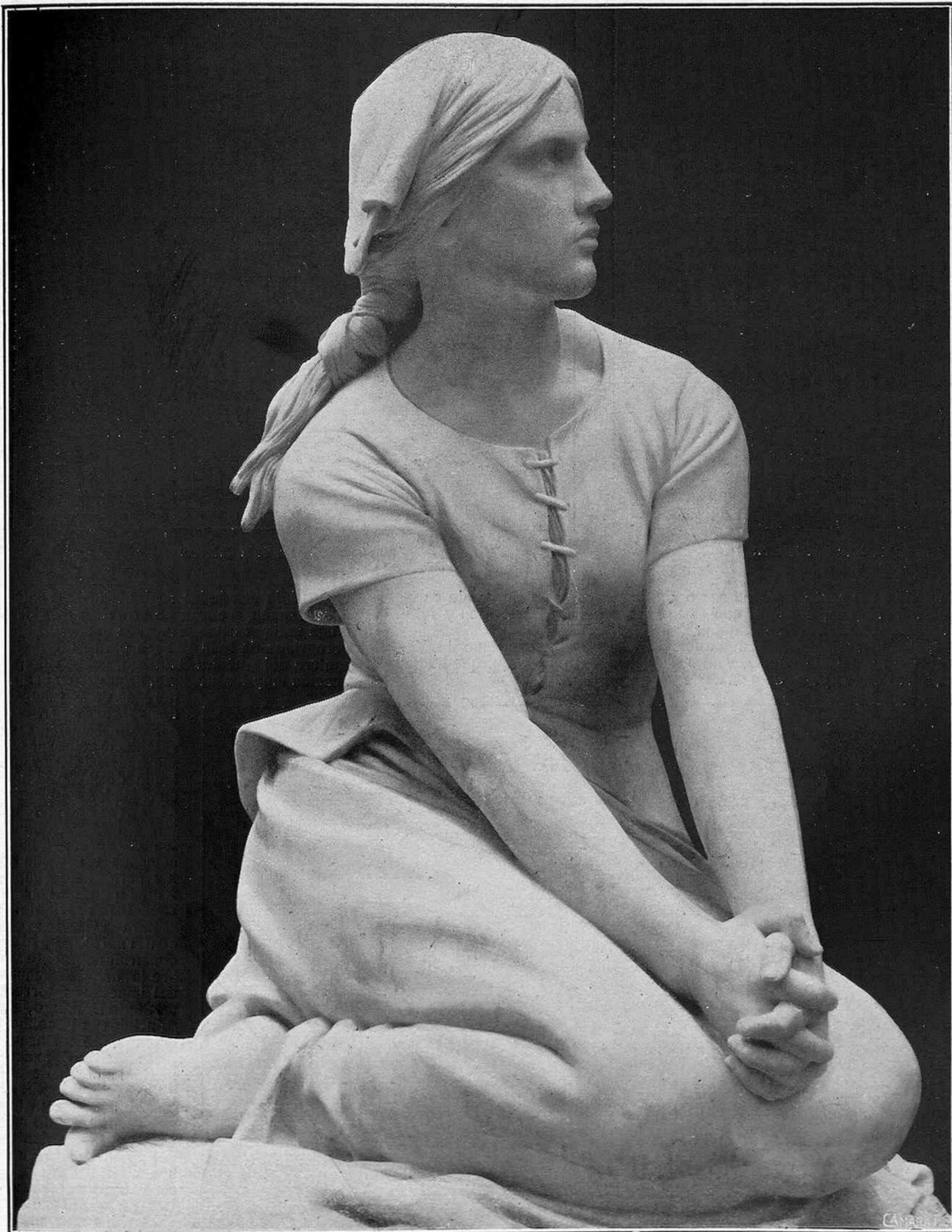
Mientras París discute, Benedicto XV recomienda á los fieles el olvido de toda malquerencia y una fraternal y universal conciliación. Y como si al volver, con la paz, á la solemnidad de los ritos, quisiera el soberano pontífice reservar á Francia, *hija mayor de la Iglesia*, las primicias de la era nueva, he aquí, en el corto espacio de una semana, á tres francesas elevadas hasta los altares: Luisa de Marillac, beatificada; Margarita Alacoque, canonizada, y, por último, Juana de Arco, la virgen simbólica y guerrera, glorificada...

El 30 de Marzo de 1431, ante diez mil personas que llenaban la plaza del Mercado, de Rouen, y ante el cardenal de Winchester y los obispos de Beauvais y de Noyon, fué quemada viva la doncella visionaria... El 16 de Mayo de este año 1920, ante el Papa, ante cuarenta y cinco cardenales, ante doscientos noventa y cinco patriarcas, arzobispos y obispos, y, en fin, ante cincuenta mil fieles, fué proclamada la santidad de Juana de Arco y enmendado el trágico error de cinco siglos atrás.

A esta solemne ceremonia asistieron delegaciones de las Cámaras francesas, y como embajador extraordinario de la República, el propio M. Hanotaux, historiógrafo de la santa. También presenciaron la glorificación de la heroína el duque y la duquesa de Vendôme, «en representación de la familia Real de Francia», y el general de Castelnau, en representación del Ejército francés...

«—Esta unión de todos los partidos ante la simbólica figura de Juana de Arco — dice Helsey — prueba que lo mismo en 1429 que en 1914, Francia sabe defender su suelo y su espíritu contra cualquier invasión extranjera.»

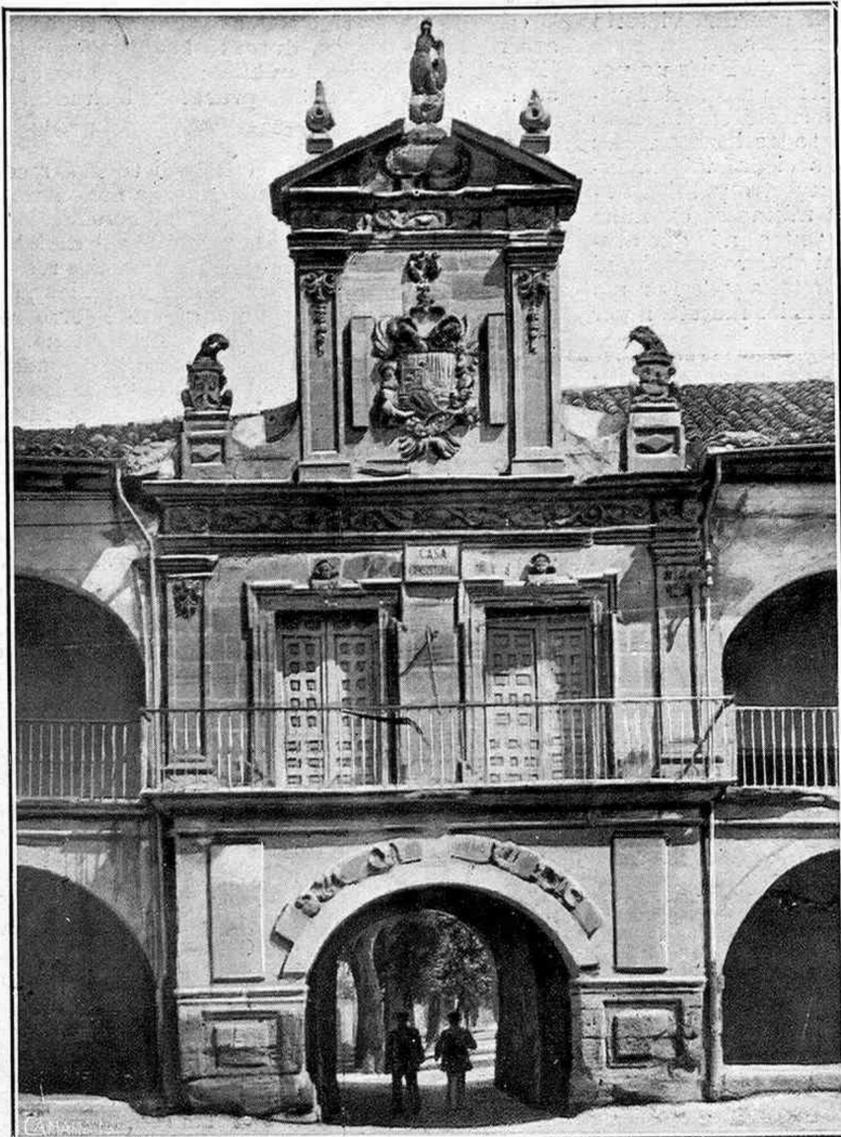
... Mas ya se habla en París de conmemorar también con extraordinaria brillantez el primer centenario de la muerte de Napoleón... Esto, cuando aún vibran los ecos de la más espantosa de las guerras, no deja de ser desconcertante... Napoleón fué la guerra en persona, con todas sus injusticias y con todos sus dolores; y este renuevo de entusiasmo hacia el conquistador de extrañas tierras, ¿no se opone, acaso, como una herejía al culto de la santa defensora de la tierra propia contra invasiones extranjeras?...



«Juana de Arco», escultura de L. Chapu (Museo del Luxemburgo)

Antonio G. de LINARES

**SANTO DOMINGO DE LA CALZADA**  
 UNA CIUDAD FUNDADA Y ENGRANDECIDA POR UN SANTO



Centro de la fachada de la Casa Consistorial



Torre borrominesca de la Catedral

**E**JEMPLO raro nos muestra la vida del santo fundador de la ínclita ciudad riojana, á la que impuso su nombre.

Los que aspiran á la santidad, suelen recluirse de preferencia en la quieta soledad y amable silencio de los claustros, donde, libres de los peligros del mundo, pueden dedicarse holgadamente á la grata tarea de servir á Dios, de paso que se sirve el más arduo negocio de la salvación de sus ánimas. Pero Santo Domingo de la Calzada, humilde varón, ni siquiera fué simple lego, ni se reclusó en un monasterio, ni se refugió en la soledad de un desierto ó de un bosque, donde estérilmente se perdiesen sus virtudes, sin más utilidad que la que egoístamente depara á los que tienen el mérito de verse libres de las atormentadoras sierpes de las pasiones.

La verdadera caridad no es la que practican los ascetas en las soledades de su conciencia, sino la que irradia sus bienes en pro del hermano desvalido que necesita de nuestra asistencia material ó espiritual.

Así fué Santo Domingo de la Calzada.

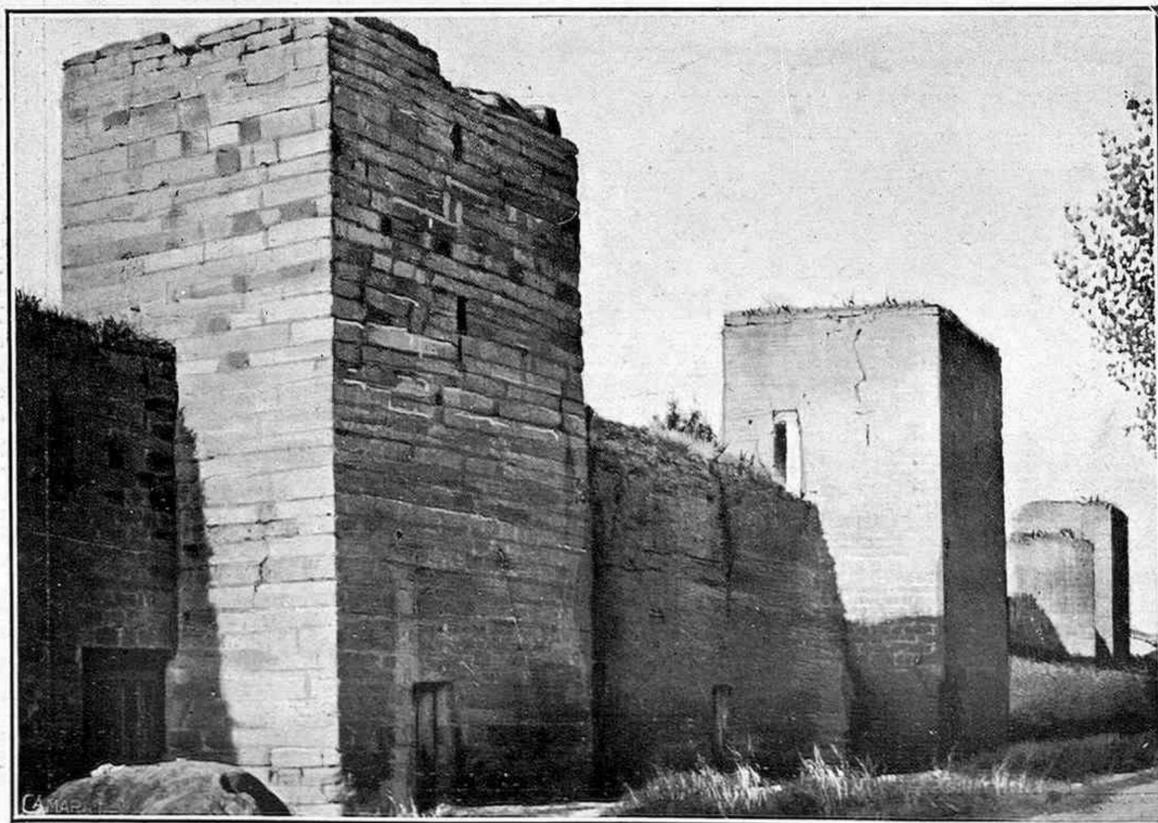
No un santo egoísta, sino un patriarca de caridad, que se entregaba por entero al bien y solitud del prójimo.

Aunque nació en el pueblo castellano de Vitoria, vino á establecerse en la Rioja, que había de aclamarle por su patrono.

Era la Rioja una de las regiones más frecuentadas de España, á causa de atravesar su territorio una antigua calzada romana que utilizaban los peregrinos de toda Europa para ir á visitar el sepulcro del Apóstol Santiago, centro de peregrinación muy frecuentado, esquivando las asperezas de las montañas vascongadas.

Santo Domingo se estableció sobre el emplazamiento de la que había de ser después su ciudad, á orillas del gigantesco torrente Glera, cuyas imponentes crecidas detenían semanas y semanas á los peregrinos, impotentes para salvar la caudalosa corriente.

Para evitarles ese contratiempo, ideó construir un puente sobre la amplia anchura del impetuoso torrente. Santo Domingo, sin principios ni conocimientos, fué un arquitecto intuitivo que acometió la obra, llevándola á feliz remate. El puente actual está hecho aprovechando muchos de los cimientos del primitivo. Fué una benemérita obra que rindió inestimables servicios á los millares de peregrinos que anualmente se dirigían en peregrinación á Santiago de Galicia.



Un lienzo de murallas antiguas

Y no fué el puente la única muestra de la actividad del santo; pues toda la ciudad está plena de sus recuerdos, de sus portentosos milagros.

El dirigió también la construcción del núcleo primitivo de la Catedral, del estilo románico que á la sazón imperaba en el siglo XI, que nuestro santo vivió.

Pero la fundación de carácter más benéfico fué sin duda el hospital, que en su tiempo no fué destinado exclusivamente á los enfermos, sino que fué una hospedería, donde todo peregrino que demandaba hospitalidad la obtenía gratuitamente, sin que se le preguntase siquiera quién fuese. Santo Domingo en persona se desvivía por servir á los huéspedes que el cielo le deparaba. Practicaba la hospitalidad al modo árabe, para quienes todo extranjero que llama á sus puertas es un *dif-Al-Lah*, esto es, un huésped de Dios.

Aún subsiste el hospital fundado por el santo, siendo una de las instituciones benéficas más antiguas de España.

En derredor de las fundaciones de Santo Domingo agrupóse un núcleo urbano que primeramente se llamó Burgo de Santo Domingo, y que andando el tiempo llegó á ser la ciudad de su actual nombre.

Los Monarcas dispensaron siempre al santo su decidida protección, convencidos de la benéfica labor que desarrollaba en la Rioja alta, puesto que con su esfuerzo é iniciativa particular cumplía fines que hoy están reservados al Estado.

Y aun después de muerto, continuaron favoreciendo la naciente ciudad, con todo linaje de privilegios y mercedes, para que la obra iniciada por el santo perdurase.

La ciudad de Santo Domingo desempeñó un importante papel histórico durante las vicisitudes civiles del



Detalle de la hornacina del sepulcro de Santo Domingo, en la Catedral

tiempo de D. Pedro *el Cruel*. La región de la Rioja alta fué, en efecto, teatro de las más tremendas contiendas entre los bandos rivales, y por dos veces las huestes del *Cruel* vencieron á las del bastardo de Trastámara en los campos contiguos de Valpierre y Nájera.

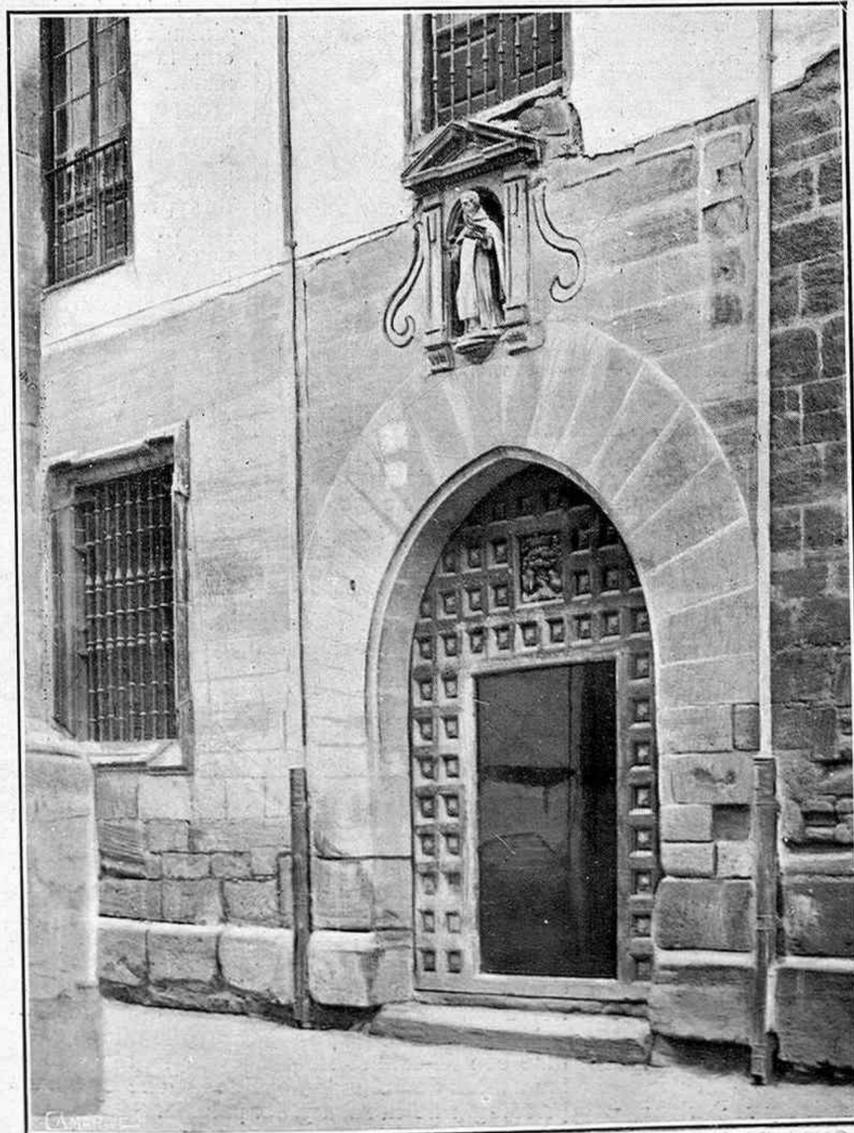
De aquella época, y consecuencia de aquellas luchas, son las sólidas murallas que circundan la ciudad, y que le prestan el imponente aspecto de una fortaleza medioeval.

Así como en Avila constituyen sus murallas lo más típico de la castellana capital, en Santo Domingo perduran, afortunadamente, algunos lienzos con cubos salientes que protegen las cortinas y que dan á la ciudad pintoresco aspecto de venerable antigüedad y ranciedad histórica.

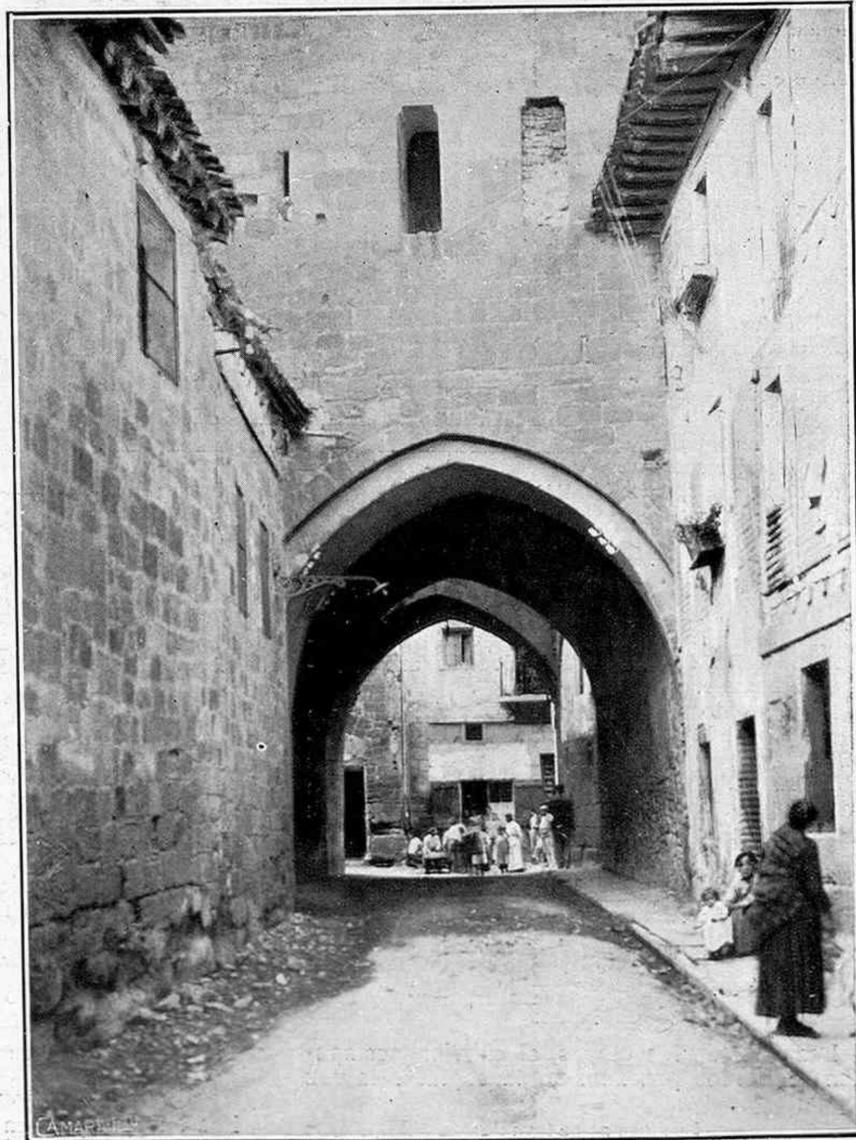
Con ser el pasado de Santo Domingo hartamente glorioso é importante, no le va en zaga el presente y porvenir.

Y puede decirse, con justicia, que el heredero espiritual del santo fundador es el ilustre D. Miguel Villanueva y Gómez, diputado por el distrito desde hace luengos años, y que, al igual de Santo Domingo, se dedica con plausible empeño de dotarle de todo linaje de mejoras, como carreteras, puentes y demás obras de pública utilidad, que hacen de la región de Santo Domingo uno de los distritos más cuidados de los Poderes públicos, gracias á la constante solicitud de su benemérito diputado, que, aunque no ha sido canonizado por la Iglesia, sí lo está por su distrito, que, rindiéndole la gratitud debida, ha puesto su nombre á las mejores calles de los muchos importantes y pintorescos pueblos que integran su feudo electoral, bien satisfecho de contar por su señor á prohombre de los prestigios y méritos del Sr. Villanueva.

GUILLERMO RITTWAGEN



El antiguo hospital

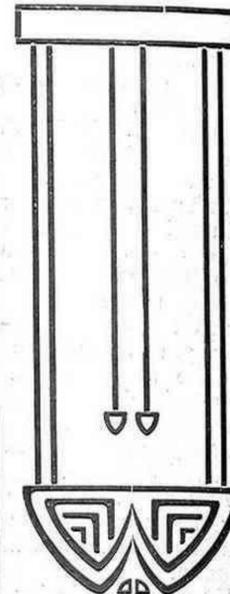
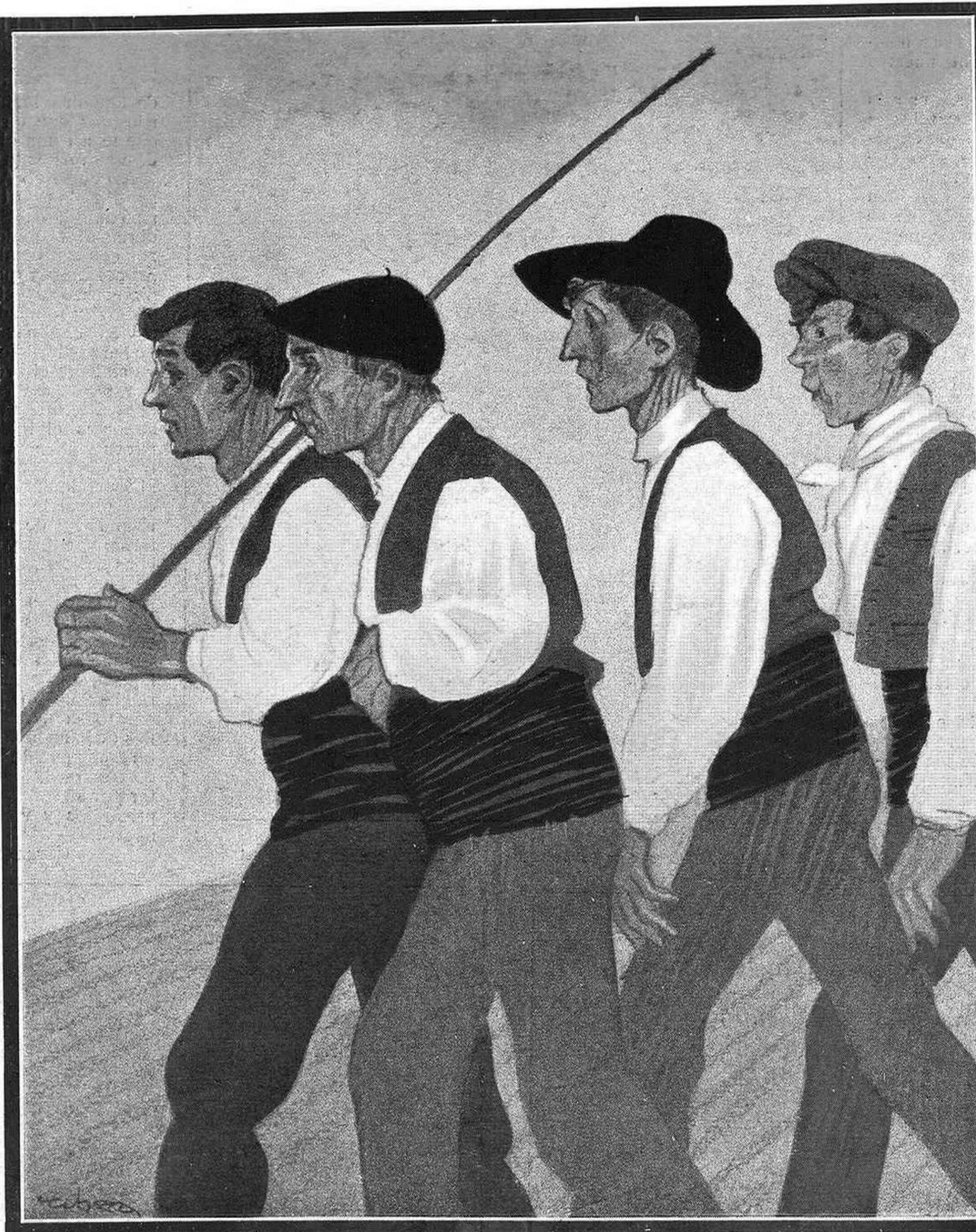
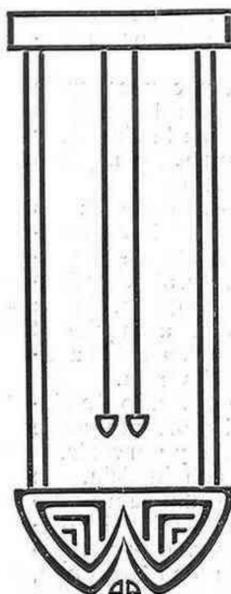


El Arco del Cristo

FOTS. OÑATE

:: LIENZOS ::  
CASTELLANOS

# AL CAER LA TARDE...



Y la luz va muriendo, desmayando... La tierra, que horas antes temblaba de lujuria al sol, ha ido poco á poco adquiriendo ese gesto de dulce cansancio, de amable serenidad; ese tono voluptuosamente melancólico que sucede á las horas muy gozadas... Un hondo silencio se hace en derredor; un silencio solemne que sube de la tierra parduzca y desciende de los cielos purpúreos... Sólo los ruseñores, cantando en las ramas de los árboles, rompen este grato silencio. Y es que los ruseñores no saben dejar de amar. Son epitalámicas todas sus horas...

A lo lejos del camino, y en las anchas sendas que atraviesan la llanura del campo floreciente, chirrían unos

carros que regresan. Ha llegado el momento de las coplas romanceras, el momento típico de las dulces tonadas añorantes. Es la hora del retorno...

Y en la dorada serenidad del crepúsculo vuelan perezosamente los cantares, estos cantares cándidos, ingenuos, reveladores de la sana alegría inocente, de los idilios aldeanos en las noches aldeanas.

Es el canto plástico de la gañanía, el canto heredado de los abuelos y transmitido á los hijos. Y ellos los repiten amorosamente porque es algo sagrado y familiar, y porque se adapta muy bien á todos los sentimientos que les andan huroneando por sus almas rústicas...

Ahora es la imploración amorosa frente á la reja cerrada, la única reja de la casuca parda, que se esconde en un recodo de la calle humilde...

Levántate, morenica;  
levántate, resalada;  
levántate, morenica,  
que ya viene la mañana;  
¡levántate!

Los ejes de los carros, al chirriar, acompañan los versos pausados de la copla. Y la voz sigue:

La moza no se levanta;  
la tiene rendida el sueño,  
y se ha quedado dormida  
en los brazos de su dueño;  
¡levántate!

El cantar me ofrece el cuadro. Y yo veo la alcoba modesta y limpia. Sobre la sencilla cómoda, entre dos floreros artificiales, con hojas rabirosamente doradas, arde una lamparilla iluminando la imagen de la Virgen de los Dolores, que aparece en el cromó en una actitud verdaderamente lamentable. En las paredes hay retratos borrosos, y, entre ellos, el de un militar, barbilampiño aún, un poco grotesco en la afectada marcialidad con que quiso retratarse en sus primeros meses de cuartel. Y tras una cortinilla blanca, inmaculada, pulquérrima, se percibe el jadear reposado de dos pechos robustos. Allí está la moza, está allí reponiéndose del duro y sano bregar, dormida en los brazos poderosos de su dueño.

La voz ha variado de tono. Ahora vibra, como orgullosa de lo que canta:

Esquilones de plata,  
bueyes rumbones...

Y hace un sostenido largo, muy largo, que se mece en el viento:

bueyes rumbones...  
Estas sí que son artes  
de labradores...

Los bueyes avanzan pausados y reflexivos, y la voz sigue alargándose, como un eco... Chirrían los ejes, vibran los hálitos monocordes de los grillos, bala una oveja, ladra un perro, sigue

el ruseñor desgranando en trinos sus amores... Es toda la sinfonía eglogal...

Allá, lejos, de otra carreta, salen entre risas frescas y potentes, entre grandes risas, porque es muy divertido lo que viene cantando aquel mozuelo:

Ahora sí que va bueno,  
que no va malo:  
la camisa del ama  
púsola el amo...

Y todos ríen, imaginándose al amo con la camisa del ama... Acaso le sobra por todas partes, y el buen hombre manotea ridículamente bajo aquellos pliegues anchos... Ríen como debió reír el ama de la copla, celebrando con los criados aquella equivocación deplorable del amo distraído...

El mozuelo cambia de tonada. Ahora es la musa picaresca, llena de unas perversidades inocentes y de unas diabluras cándidas:

Mira no te pase á ti  
lo que aconteció á María:  
que estudiaba para monja  
y vino en ama de cría.

Y ríen más fuerte, ríen más... Les parece diabólico, infernal, estupendo, que aquella María, de aficiones monjiles, haya parado en esto. Lo mismo rieron los abuelos escuchando la dichosa copla. Tampoco les cabía en la cabeza...

Un cura avanza por el camino. Es un cura de aspecto humilde; es flaco y canoso, y viene de su acostumbrado paseo por el encinar próximo. Trae un nudoso bastón y zurcida y parduzca la sotana:

— Buenas y santas tardes — dice al pasar.

— Buenas y santas — contestan los labriegos... Ya se han ido alejando las carretas; ya se pierden á lo largo de los caminos...

El silencio vuelve á triunfar. Sólo la música serenata de los ruseñores enamorados rompe este silencio hondo y solemne que sube de la tierra parduzca y baja de los cielos purpúreos...

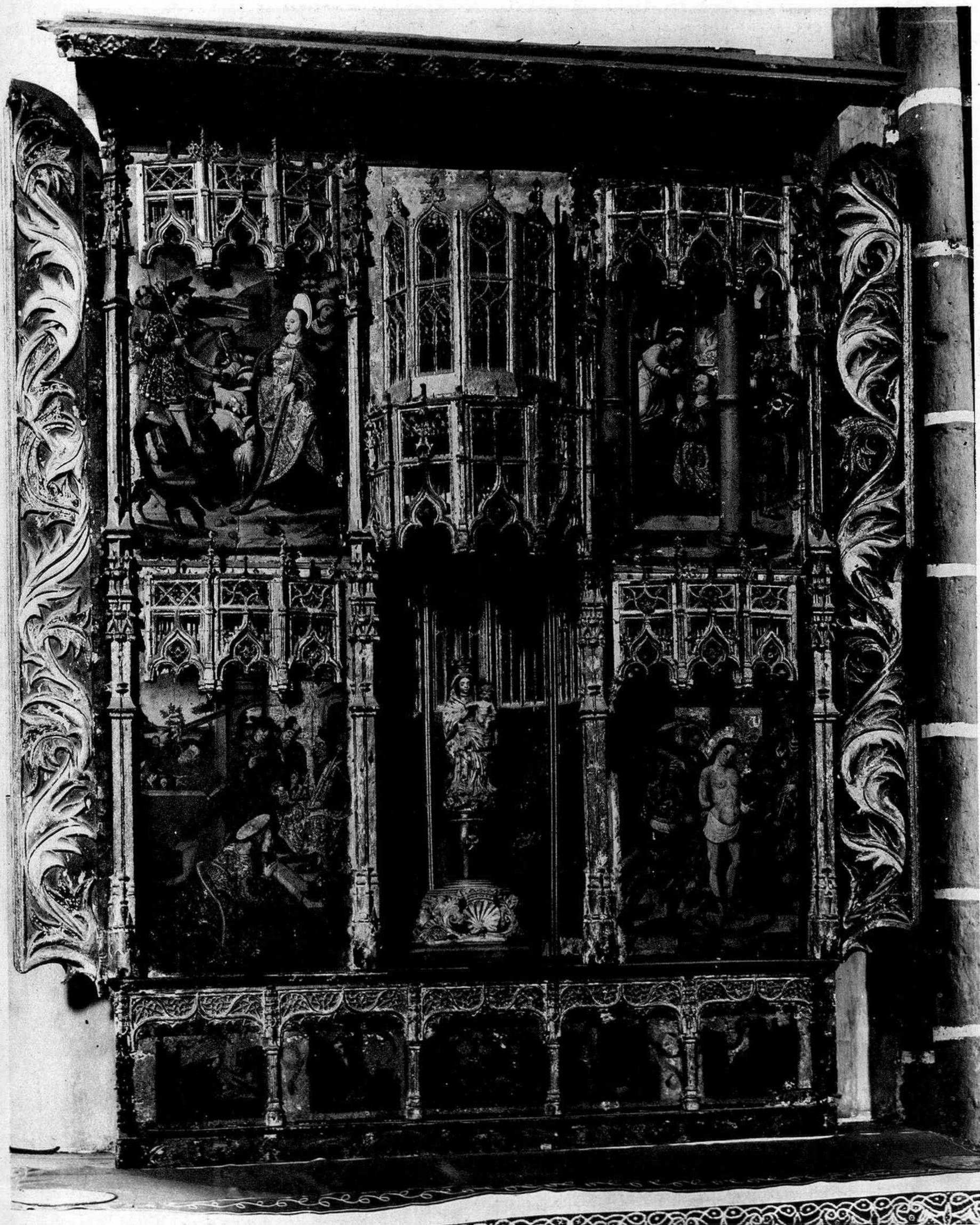
Y, en la dulce paz de la tarde, se diluye el último eco de este canto popular, que, al estilo de los cantos de todos los pueblos, tiene como una psicología de la raza y del paisaje.

ALBERTO VALERO MARTÍN

DIBUJO DE ECHEA

LA ESFERA

# ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



ALTAR GÓTICO, CON MAGNÍFICAS PINTURAS DE LA ESCUELA FLAMENCA, EXISTENTE EN LA IGLESIA DE SANTA EULALIA, DE PAREDÉS DE NAVA (PALENCIA)

Fot. Luis R. Alonso

LA ESFERA

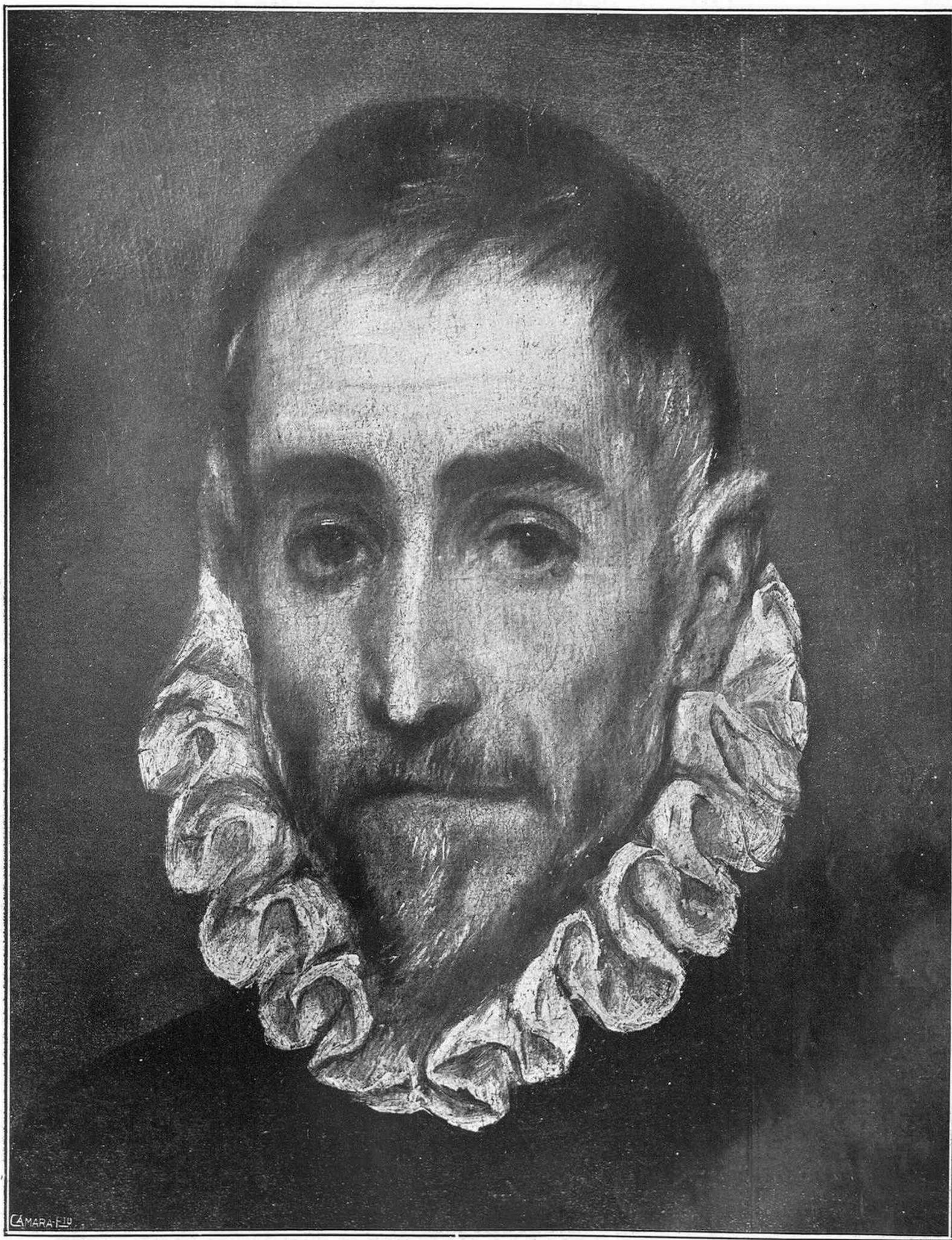
# ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



IMAFRONTE Y ESPADAÑA DEL MONASTERIO ROMÁNICO DE OLMOS DE SANTA EUFEMIA (PALENCIA), CONSTRUÍDO POR DOÑA TERESA, HIJA DE DON ALFONSO IX, DE LEÓN

Fot. Luis R. Alonso

# En el Museo del Prado intentan robar un cuadro del "Greco"



## RETRATO DE UN DESCONOCIDO, por el "Greco"

El caso de *La Gioconda* en París ha estado á punto de repetirse en el Museo del Prado madrileño, donde se preparaba la sustracción de una de las más hermosas obras de Domenico Theotocópuli, y que, por fortuna, ha sido frustrada merced á la voz de alarma dada por la Prensa. Nuestra página reproduce el mencionado cuadro del Greco.

# LA PINTURA MODERNA



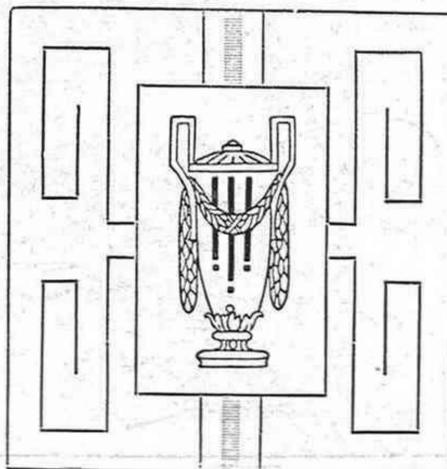
LA PARTIDA

Cuadro original de Ramón de Zubiaurre, que figuró en la reciente Exposición Nacional de Bellas Artes

## ARTISTAS QUE DESAPARECEN \* LA RÉJANE



UNA gran figura de la escena francesa acaba de desaparecer: la famosa Réjane, admirada por nuestro público con ocasión de algunas *tournées*. Ella fué la que, entre la pléyade de grandes artistas franceses contemporáneos, personificó de modo más directo la finura del *esprit* genuinamente galo. Y era también la más espontánea, la más intensa y acaso la más integral, en cuanto hubo de consagrarse casi exclusivamente á la interpretación de los autores modernos. Había nacido en París el 6 de Junio de 1856 y en pleno ambiente teatral. Su padre era inspector del *Ambigu*. A los diez y ocho años terminaba su carrera en el Conservatorio, alcanzando un segundo premio de Declamación. A poco debutaba en el teatro *Vaudeville* con un papel de escasa importancia, y como esto no conviniera á sus legítimas am-



biciones, lograba contratarse en el *Ambigu* donde ya hubo de destacarse en *La Glu*. El triunfo obtenido en esta obra le atrajo la protección de Meilhac y Sardou, dando entonces comienzo á su carrera de *vedette* con su magnífica creación de *Amoureuse* que llenó el teatro *Odéon* durante centenares de noches. Hacia esta época contrajo matrimonio con Porel, que la instaló en el *Grand-Theatre* primero, volviéndola al *Vaudeville*, lugar donde alcanzó la serie ininterrumpida de éxitos que llevaron el nombre de la Réjane á uno de los primeros puestos del teatro contemporáneo. La insigne actriz, creadora de *Madame Sans Gêne*, *La robe rouge* y *La Course au flambeau*, había fundado en París el teatro que llevaba su nombre. Fué atacada hace varios meses por la dolencia que la ha conducido al sepulcro.

LA ESFERA

# ESPAÑA PINTORESCA

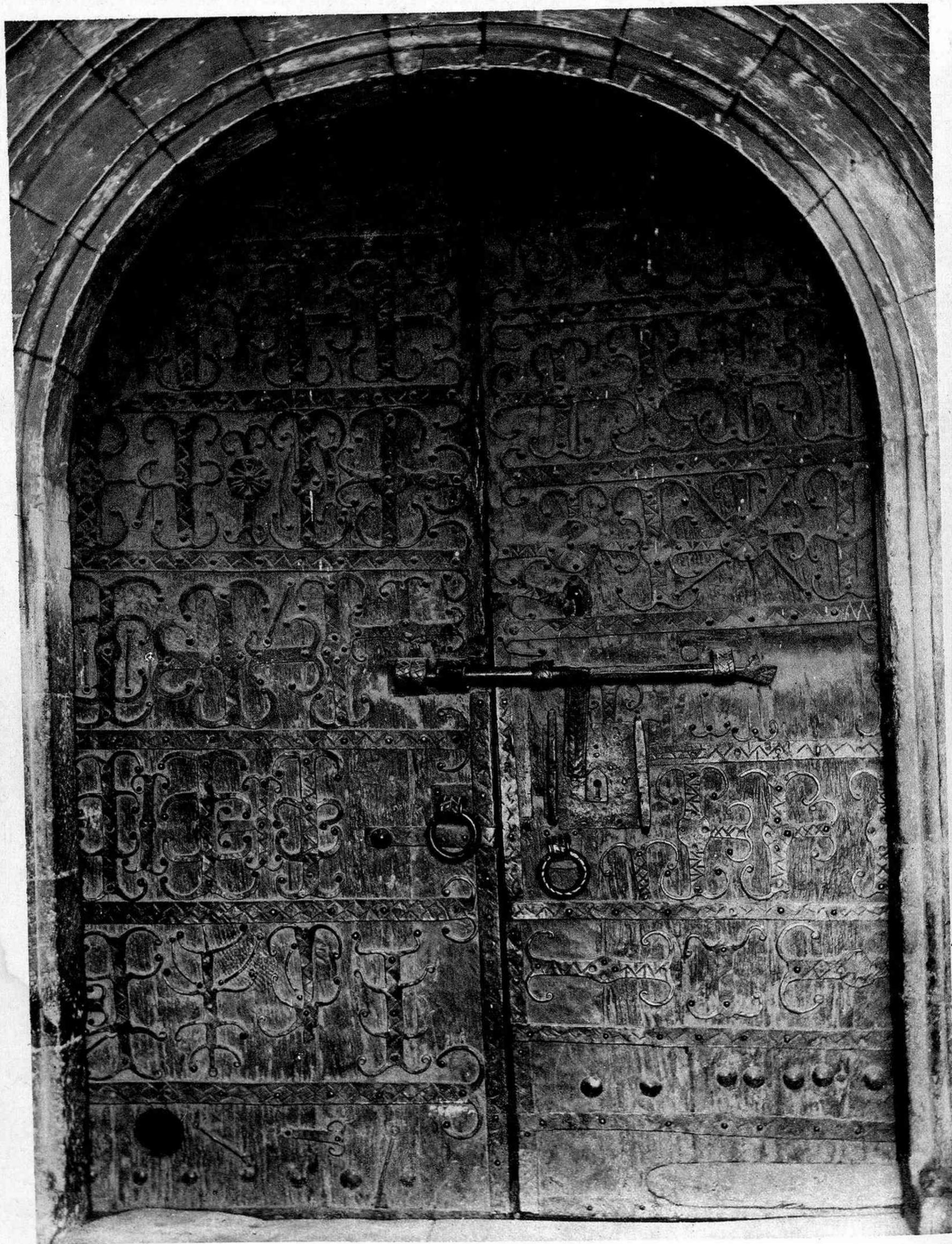


UNA TÍPICA CALLE DE BÉJAR (SALAMANCA)

Fot. Luis Nueda

LA ESFERA

# ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



PUERTA DE LA IGLESIA PÁRROQUIAL DE PRÁDANOS DE OJEDA,  
DE GRAN MÉRITO ARTÍSTICO

Fot. Luis R. Alonso

## LOS GRANDES ARTISTAS

# EL PIANISTA FRIEDMAN



Es evidente que Friedman es uno de los más eminentes pianistas que hemos oído en Madrid. Las discusiones que en torno á su arte de tocar el piano han sostenido aficionados y críticos, demuestran que se trata de una personalidad excepcional.

No compartimos las opiniones de los que sistemáticamente niegan talento á los instrumentistas, calificándoles despectivamente de *virtuosos*; pues aunque los pianistas tienen, por lo general, muy poco respeto para las obras que ejecutan, si interpretar es crear nuevamente dando vida á las obras musicales, que sin el artista ejecutante permanecerían mudas, es injusto negar talento y otras cualidades excelsas á los intérpretes, particularmente cuando han llegado á alcanzar el rango artístico de nuestro Casals, que puede servir de modelo como intérprete de una severidad y verdad artística impecable.

En el mismo error incurren los que creen que sin un mecanismo perfecto, sin dominar la técnica de un instrumento, puede hoy ningún artista interpretar bien una obra de cierta dificultad. Y si las incorrecciones de interpretación pueden ser discutibles y aun disculpables en algunos

casos, con las de mecanismo no ocurre igual, tratándose de un artista de cierta altura, que al ponerse en comunicación con el público pretende tocar algo más que simples bagatelas modernistas que carecerían de interés por sí mismas, sin los acrobatisms, juegos de sonidos, efectismos rítmicos y exagerados contrastes del matiz.

Algunas gallardías de Friedman no han gustado á los espíritus afeminados, á los monopolizadores del llamado buen gusto (palabra que proviniendo de—escribe Wágner en su folleto sobre Beethoven—una de las funciones más inferiores de los sentidos, se aplica á una tendencia del espíritu), tan circunstancial y pasajero como las modas en el vestir.

Si en obras de cierta grandeza es Friedman varonil y enérgico, en otras nos sorprende con la gracia de un humorismo musical fino y elegante.

¿Cómo podría obtenerse la belleza de sonoridad que obtiene Friedman sin un dominio absoluto del arte de tocar el piano y sin poseer una sensibilidad delicada nada en pugna con su temperamento varonil? Decir, frasear, *cantar*, como lo hace este pianista, no es frecuente en artistas

de la categoría de Friedman, que suelen anteponer el *virtuosismo* al arte interpretativo. Y nunca toca igual una obra, como hacen los artistas rígidos é inmovibles, los llamados artistas intelectuales. *La Campanella*, de Paganini-Liszt, por ejemplo, se la hemos oído varias veces y siempre nos ha producido diferente impresión, por la brillantez de su interpretación. En las dos *Sonatas* de Chopin y en las de Beethoven (obras 57 y 111); en el *Carnaval* de Schumann; en la *Balada en sol* y en la *Polonesa en la bemol* de Chopin, por no citar más obras, el genio interpretativo del colosal pianista polaco alcanzó una alta elevación, produciendo en el auditorio una impresión hondísima.

Ciertas transcripciones, tales como la obertura de *Tannhauser*, son muy discutibles desde el punto de vista artístico; pero de tocarse, hay que hacerlo con el vigor y la grandeza de Friedman, artista que la Agencia Daniel ha dado á conocer en España entre otros grandes pianistas.

R. V.

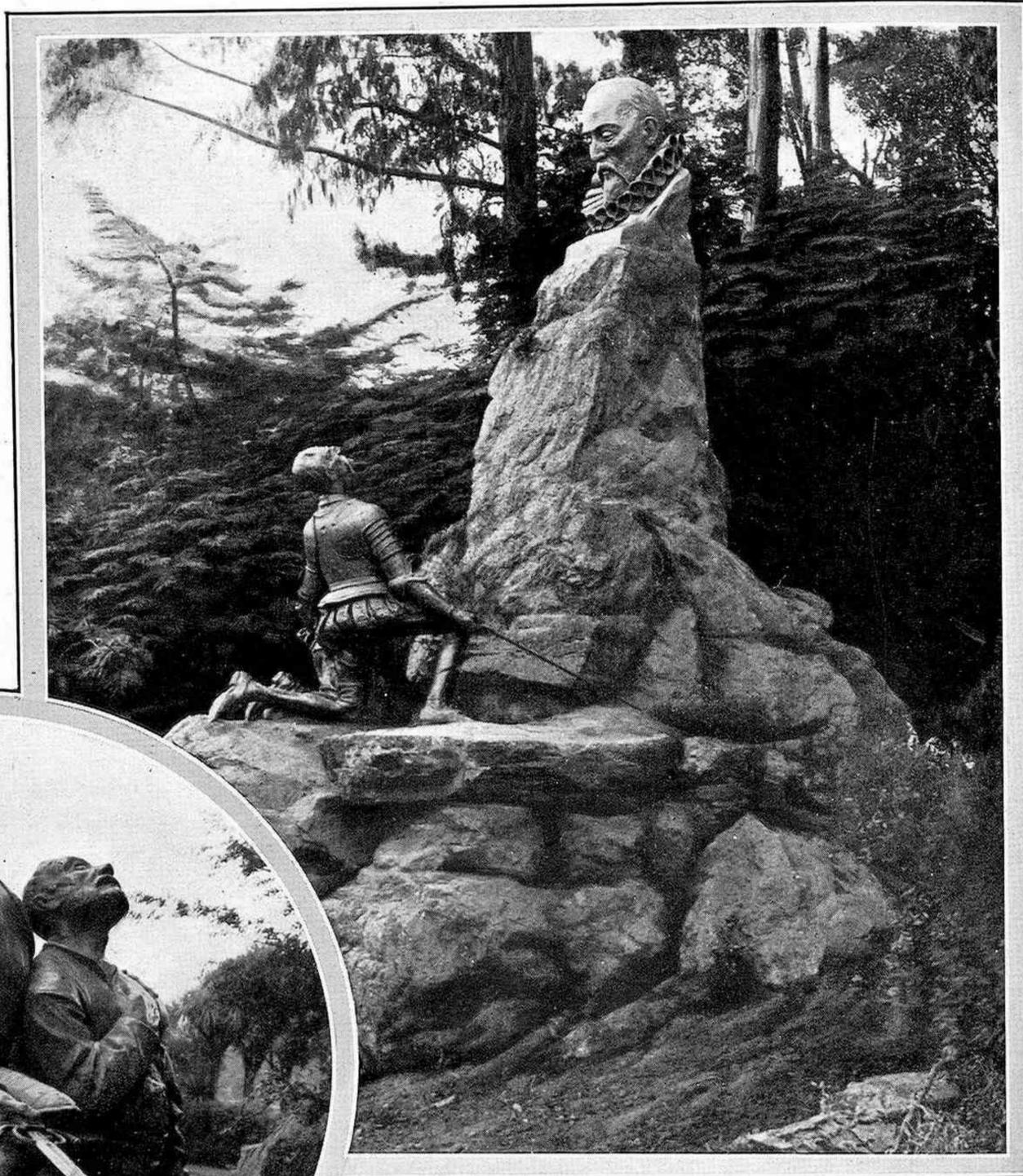
LIT. DE RUHERMANN

## El oratorio de nuestro señor Miguel de Cervantes

UN día, entre los días, caminaba por la calle de Atocha, en derechura á la estación, un amigo nuestro. Nuestro amigo es un hombre nervioso, avellanado, de busto erguido y manos anchas y muy poco dúctiles de articulaciones. Anda aprisa, acompasando su caminar con un fino bastón, levemente inclinada la cintura y enhiesta la cabeza. He aquí que este amigo nuestro, al llegar á la altura del Hospital del Carmen, echa de ver que unos mozalbetes están ultrajando la lápida que cuenta á los hombres que allí estuvo la oficina tipográfica de Juan de la Cuesta. Estos mozalbetes entretenían su holganza arrojando, terribles, agresivos, sobre aquel epitafio del hospital del Carmen, pelias de barro. Muy posiblemente descendían los tales de los yangüeses ó de los galeotes que antes que ellos hubieron de ultrajar de la misma manera al caballero que en la lápida de bronce inmortaliza su memoria. ¡Oh, nuestro amadísimo

noble peregrino de los peregrinos!...

Mas he aquí que aquel amigo nuestro, amparado en el recuerdo del glorioso lugar de la oficina de Juan de la Cuesta, y con el pensamiento sobre la memoria de Don Quijote «que allí se parecía», enarboló el bastón, á falta de lanza, y hubo de acometer á aquellas gentes cautivas y



En la umbria de un parque de San Francisco de California ha puesto un español romántico este sello á su patriotismo. Sobre los muros pobres del oratorio de nuestro señor Miguel de Cervantes, esta fotografia debiera ser un remordimiento nacional. Porque no podrá colocarse otra de una memoria igual cimentada sobre suelo español...



desaforadas que tal sinrazón ponían por obra. Libre el curso de sus indignaciones, dió fin brevemente á aquel desafuero y aquella sinrazón. ¿Qué ventaja podría reportarles la mancha que estaban haciendo á la lápida? Era deber de su propio patriotismo tener por sabido que en aquel lugar estuvo muchas veces, hace trescientos años, el español más glorioso de entre todos los españoles. Y que de allí salió impreso el libro cuyas palabras rodean todo el mundo. Los mozalbetes hubieron de cesar en su entretenimiento villano. Alguno de entre ellos quiso hacer profesión de fe de su bellaquería y frente á la actitud del extraño transeunte. Algunos desocupados—los eternos espectadores de las calles cortesanías—iniciaron el coro de todos estos lances. Pero aquél duró poco. Dispersáronse los mozalbetes y los espectadores. Nuestro amigo

menesteres le entretenían más de lo que fuera conveniente para llegar á tiempo de tomar el mixto, en el que había de regresar á Compluto. Pero bien merecía la pena el perder el tren á trueque de haber puesto el valor de su brazo y de su esfuerzo al servicio de la buena memoria de D. Alonso y de su Miguel de Cervantes nuestro señor. Que si los yangüeses y los galeotes habían venido de los campos manchegos á la calle de Atocha, no era mucho que Alcalá enviase á Madrid un caballero andante.

Este caballero nuestro amigo se llama don Eduardo. Y es el capellán que ofició en el oratorio ingenuo y desconocido que en el propio solar de Miguel de Cervantes nuestro señor se sumerge en un agrio rincón municipal.

He aquí el humilde oratorio del culto cervan-

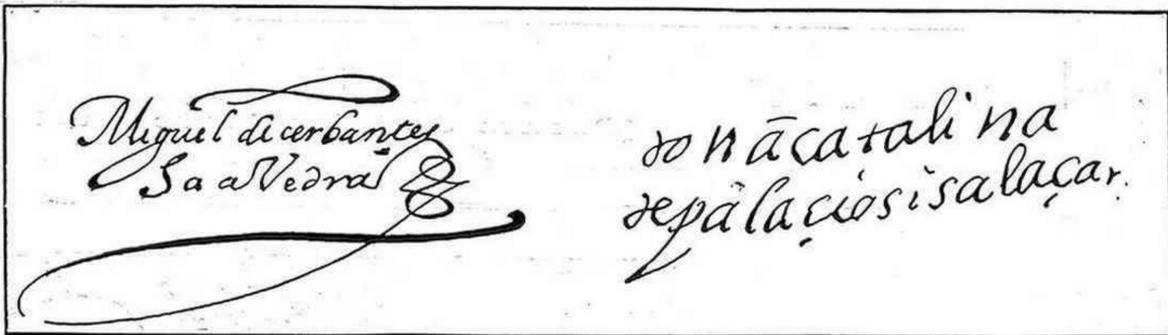
tino. Es una habitacioncilla cuadrangular, pobre y muy poco afectiva, en los últimos rincones del Ayuntamiento. Frente á la puerta un ancho balcón abre sobre la plaza, y ofrece á la vista del visitante la mole de la iglesia de Santa María, donde Miguel nuestro señor fué bautizado. Esto entona el rincón. En otro lienzo de pared, una ventana. Desde esta ventana se ofrecen á la vista unos porches contemporáneos de Miguel. Y sobre la iglesia y sobre los porches un cielo azul hondísimo y resplandeciente en esta mañana de Abril. Y una señorita melancólica—acaso *mademoiselle Gris*—que lee sobre un banco de la Plaza Mayor.

Hay en esta estancia tibia y provinciana dos grandes armarios de caoba repletos de libros, de grabados, de fotografías, de medallas, de curiosidades, sin otra estimación que sus vinculaciones cervantinas. Y hay en las paredes una buena reproducción del retrato de Jaúregui, y también fotografías de muchos momentos de relativo interés, y también algún grabado antiguo y facsímiles de autógrafos que nos testimonian la verdad de que en este suelo terminantemente ingrato nació Miguel nuestro señor. Del techo cuelga una absurda lámpara de latón dorado.

ooo

No hay mesa alguna. Y, sin embargo, en una habitación próxima muéstrase á la curiosidad nuestra una muy estimable, contemporánea de Miguel nuestro señor, como los porches, y primorosamente tallada y de traza muy bella. Pero cumple su fin donde se encuentra. Sirve para sustentar un botijo del que beben los municipales durante las sesiones.

En las amplias librerías que un tiempo hubieron de decorar el escritorio del señor secretario, se ofrece al visitante una copiosa bibliografía cervantófila. Hay muchas ediciones del libro inmortal y de los otros libros inmortales que escribió el altísimo ingenio alcaláino. Hay copiosos ejemplares de su vida. Hay cientos de volúmenes escritos en torno á su memoria y á la memoria de sus lances. Pero reposan allí permanentemente bajo la suave caricia de un olvido irredimible. Quiere decirse, que nadie hubo de



En sitio principal de este oratorio muéstrase á la curiosidad de los fieles los facsimiles de las firmas de Miguel y de su esposa

tro señor, los tres donantes únicos—D. Lucas del Campo, la duquesa de Villahermosa y el marqués de Casa Riera—no son ya en el mundo.

ooo

Sobre el rameado absurdo de las paredes se destacan dos enormes fotografías muy interesantes. Reproducen puntos de vista del monumento á nuestro Príncipe, que en el Golden Gate Park, de San Francisco de California, elevó á su costa el magnífico español D. Juan C. Cebrián. Este hombre extraordinario merece un comentario apasionadísimo. Su amor á nuestro Príncipe es ejemplar. Estas enormes fotografías que son testimonio de la glorificación de Miguel nuestro señor en lueñas tierras, fueron asimismo costeadas por él. Y con ellas envió el dinero necesario para que fuesen instaladas con esmero. Asimismo regaló al Ayuntamiento otra fotografía: la de un busto de nuestro Príncipe, también costeado por él y obra del escultor español J. J. Mora, que allí reside. Y actualmente costea una edición magnífica de obras completas y construye una Universidad española en San Francisco. Las emociones mayores de este oratorio las dan estas fotografías y dos grandes páginas de una edición del *Quijote* para ciegos, hechas por un ciego. Y he aquí que la luz del ingenio de Miguel nuestro señor hiere á las pupilas muertas.

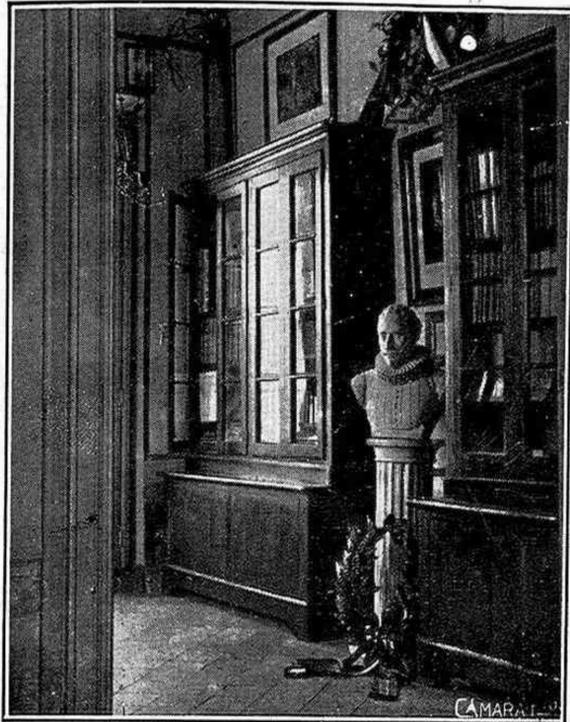
ooo

La historia de este rincón es brevísima y sin pintoresquismo. Fué en 1905. En Compluto, todas las pequeñas cosas cervantinas son de 1905. La exaltación cervantesca de D. Eduardo Martín de la Cámara hubo de forzarle á proponer á la Junta local del Centenario la realización de esta aventura. Y la Junta—¡bueno!—lo aceptó. Nuestro amigo, optimista y exaltado, hubo de entregarse á su empeño con todo ardimento. El consistorio le nombró bibliotecario á perpetuidad, sin estipendio alguno, naturalmente. Y así quedó creada esta biblioteca pobre. De nada sirvió que nuestro amigo consumiera sus desvelos y pasase los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio. De nada sus solicitudes al Estado para que enviasen aquí algunos sobrantes de las bibliotecas. Pero quedó, sin embargo, este rincón que magüer la lámpara absurda y la falta de la mesa que en otra estancia sustenta un botijo y el desdén de la Corporación, es un cenáculo saludable donde algunas veces los amigos de Miguel nuestro señor entran, abren unos momentos las contraventanas y saludan, levemente emocionados, al inverosímil busto de escayola tan poco cervantino que impasible tolera sobre su frente el roce de las cintas de una corona de hojalata pendiente de un clavo, y sobre su cabeza, igual que podría

haberlo en el gabinete de cualquier ingenio local. Como testimonio de la presencia de las gentes, hay en este rincón un álbum de firmas. Este álbum es curioso. Aquí estamparon su nombre muchos visitantes de vario prestigio.

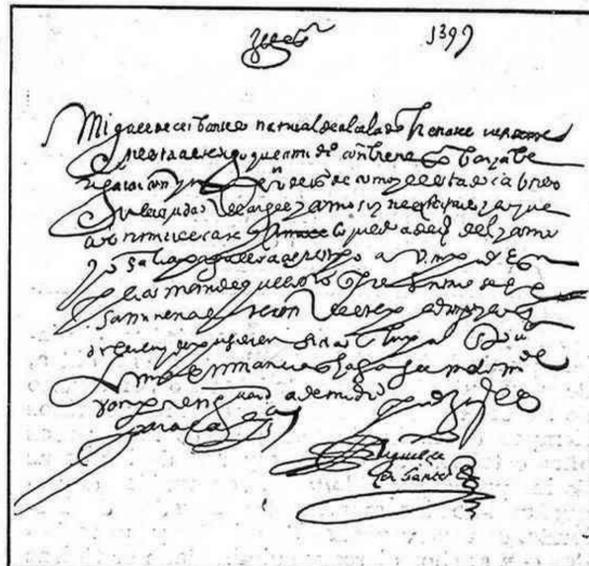
ooo

Deprime y conturba el espectáculo de este oratorio sin culto. Cuando salimos del humilde aposento, nuestro amigo D. Eduardo cierra las maderas de la ventana y del balcón, y quedan los libros, los cuadros, las medallas y las librerías sumergidas en el seno de las sombras. Parece que acabamos de enterrar á nuestro Príncipe otra vez. Quizá en muchos meses nadie ha de volver á aquella estancia, que es un santuario de las buenas memorias. Nuestro amigo el aventurero del Hospital del Carmen seguirá solicitando libros inútilmente. El señor alcalde llegará á olvidarse de aquella estancia de cuento



Este es el acceso á la habitación única del oratorio de Cervantes, pobre y humilde.

hojearlos jamás. Como nadie se inquieta ni se ocupa de que el ingenuo oratorio que aquí se eleva á su memoria intensifique el culto. Los volúmenes actuales hubieron de ser adquiridos con algunas pesetas mermadas á la penuria del Ayuntamiento y con otras pocas más que donó D. Lucas del Campo, alcaláino como Miguel, y excelente ciudadano, cuya memoria va perdiéndose quizá por lo mismo que hubo de dejar muy buena memoria. La duquesa de Villahermosa, descendiente de aquellos otros duques que hicieron en su castillo de Pedrola las famosas bur-las á Don Quijote, regaló asimismo á esta minúscula biblioteca algunas monografías de la intervención de sus antepasados en las aventuras de D. Alonso, y una medalla en la que asimismo se lega á la posterioridad esta memoria. Y el señor marqués de Casa Riera, ya muerto, también hubo de donar algunas ediciones en lenguas extranjeras del *Quijote* y de los ejemplares... Y he aquí que como si la sombra de la muerte persiguiese implacable la memoria de Miguel nues-



Testimonio tan alto para su cuna como la propia partida de bautismo es esta información del cautiverio de Miguel

de Barba Azul. El señor secretario tiene un recuerdo para sus librerías cada vez que le es necesario guardar un expediente. Y una breve mañana los albañiles han de tapiar la puerta para cualquier necesidad y quedarán estos libros en poder de los encantadores que ayudaron á la sobrina y al ama de D. Alonso á llevarse por las nubes á todo el linaje de los Amadisés...

CEFERINO R. AVECILLA

Compluto, 1920.



En el seno frío de los recios armarios que antes hubieron de guardar en la oficina del señor secretario de la Corporación amplios expedientes municipales, yacen ahora, junto á los volúmenes que nadie lee, estas herméticas medallas. Son el tributo universal á la memoria de Miguel

# RIP VAN WINKLE

(Cuento de Washington Irving)



CUALQUIERA que haya hecho la navegación por el Hudson, debe recordar las montañas Kaatskill. Constituyen una estribación desgajada de la gran cadena appalachiana y se las ve al Oeste del río, ondulando á considerable altura y dominando sobre el país colindante.

Al pie de estas fantásticas montañas, el viajero puede haber divisado una pequeña aldea, de gran antigüedad, fundada acaso por alguno de los colonizadores holandeses en los prístinos tiempos de la inmigración; hasta hace pocos años estaban aún en pie algunas de las casas de los primeros pobladores, construidas de pequeños ladrillos amarillentos llevados de Holanda, con sus ventanas de celosías y sus fachadas con anchos aleros y culminadas por típicas veletas.

En esa misma aldea vivió hace muchos años, cuando todavía el país era una provincia de la Gran Bretaña, un sencillo y bondadoso ciudadano llamado Rip Van Winkle. Era descendiente de los Van Winkle que figuraron tan bizarramente en los caballerescos días de Pedro Stuyvesant (q. e. p. d.) y que le acompañaron al cerco del Fuerte Cristina. Había heredado, sin embargo, muy poco del carácter marcial de sus antepasados. Además de sencillo y bondadoso, era un marido sumiso y Juan Lanás. A esta circunstancia, indudablemente, podía ser atribuida aquella mansedumbre de su espíritu, que le granjeaba general popularidad; porque los hombres más complacientes y conciliadores fuera de casa, son los que se hallan bajo la disciplina de fiercillas en su propio hogar. Sus temperamentos, moldeados en el ígneo horno de la tribulación doméstica, se hacen dóciles y maleables, y una reprimenda entre sábanas vale por todos los sermones del mundo para enseñarles las virtudes de paciencia y resignación.

Verdad es que Rip era el gran favorito de las buenas comadres del pueblo, las cuales, en sus chismorreos vespertinos, siempre echaban la culpa á la señora Van Winkle de todas las trifulcas de la familia. Los chicos también le querían y le aclamaban por doquiera que apareciese; porque él asistía á sus deportes, les hacía juguetes, les enseñaba á elevar cometas y á jugar al «guá» con bolitas de mármol, y les refería cuentos de duendes, brujas y pielesrojas. De continuo veíase rodeado por una patulea de muchachos, que se colgaban de sus faldones, se encaramaban por su espalda y cometían mil diabluras con él, en la mayor impunidad.

El gran defecto de Rip era una insuperable aversión á toda labor provechosa. No podía proceder esto de falta de perseverancia ó asiduidad, porque solía sentarse en una húmeda roca con una caña tan larga y pesada como la lanza de un tártaro, y se pasaba pescando todo el día sin quejarse, aun cuando no tuviera el estímulo de una sola picada; llevaba la escopeta al hombro horas enteras, cruzando bosques y fangales, subiendo cerros y bajando cañadas, para tirar á unas pocas ardillas ó palomas silvestres; jamás rehusaba ayudar á un vecino, por ruda que fuese la tarea, y prestábase el primero á hacer los recados y menesteres que le encargaban las mujeres de la aldea.

No obstante esto, declaraba que no produciría la menor utilidad trabajar en su finca, porque era el más pestilente trozo de terreno del contorno.

Sus hijos también andaban andrajosos y salvajes. A su hijo Rip, un bigardo engendrado á su propia semejanza, se le veía brincando como un potro, vestido con un par de calzones anchos desechados por su padre, los cuales tenía el gran trabajo de llevar sujetos con la mano, á la manera que una dama elegante hace con su cola en el mal tiempo.

El único secuaz de Rip era su perro *Wolf*, tan badanas como su amo. En honor á la verdad, era el más valiente animal que jamás haya explorado bosques. Pero ¿qué valor es capaz de soportar los eternos improperios de la lengua de una mujer? Cuando *Wolf* entraba en la casa con la cabeza humillada, el rabo caído ó rizado entre las patas, procuraba escurrir el bulto, echando miradas de reojo á la señora Van Winkle, y á la menor sacudida de un palo de escoba ó de un cucharón, volaba hacia la puerta con precipitación vertiginosa.

Las cosas iban de mal en peor para Rip, á medida que los años de matrimonio pasaban. Desde largo tiempo acostumbraba á consolarse, cuando era arrojado de casa, frecuentando una especie de *club* perpetuo de los sabios, filósofos y otros vagos personajes de la aldea, quienes celebraban sus sesiones en un banco situado delante de una posada, que se distinguía por un rubicundo retrato de su majestad Jorge III. Allí se reunían durante los bochornosos días del verano, para dedicarse á inacabables y soporíferas disertaciones sobre nimiedades. Habría sido de gran valor para un hombre de Estado presenciar las profundas discusiones que se entablaban cuando, por casualidad, conseguían adue-

ñarse de un periódico atrasado, caído de las manos de cualquier caminante. ¡Con cuánta solemnidad escuchaban los epígrafes, pronunciados en alta voz por Derrick Van Bummel, el maestro de escuela, un vivaracho y sabihondo hombrecillo á quien no podía asombrar la más gigantesca palabra del diccionario! ¡Y cuán sesudamente deliberaban acerca de los públicos acontecimientos algunos meses después de haber sucedido!

Las opiniones en esta junta eran completamente fiscalizadas por Nicolás Vedder, un patriarca de la aldea y dueño de la posada, en cuya puerta tomaba asiento desde la mañana hasta la noche, variando de sitio sucesivamente, para librarse del sol y guarecerse en la sombra de un corpulento árbol, de tal manera, que los vecinos podían saber la hora por sus movimientos tan exactamente como por un reloj de sol. Verdad es que rara vez se le oía hablar, pero no dejaba de fumar en pipa. Sus adeptos (porque cada grande hombre tiene sus adeptos) le entendían perfectamente y sabían cómo recoger sus opiniones, por la forma más ó menos violenta de sus bocanadas de humo.

Invariablemente, de esta plaza fuerte era, al fin, desalojado el pobre Rip por su turbulenta esposa, la cual, de improviso, interrumpía la tranquilidad de la asamblea y reducía todos los miembros á cero; ni el mismo augusto personaje Nicolás Vedder era sagrado para la retadora lengua de aquel terrible marimacho, que en el acto le culpaba de fomentar en su marido los hábitos de holgazanería.

El pobre Rip estaba últimamente casi entregado á la desesperación, y su única alternativa para escapar del trabajo de la finca y del griterío de su mujer era coger la escopeta y vagar sin rumbo por los bosques.

En una larga correría de esta clase, de un hermoso día otoñal, Rip, dedicado á uno de sus deportes predilectos, la caza de ardillas, se había internado en uno de los más agrestes parajes de las montañas Kaatskill. Jadeante y fatigoso, avanzada la tarde, se tendió en una verde loma que coronaba el borde de un precipicio. Durante un rato quedóse absorto ante aquel espectáculo; la tarde iba cayendo paulatinamente; las montañas comenzaban á extender sus largas sombras azules sobre los valles; comprendió que sería de noche mucho antes que pudiese llegar á la aldea, y exhaló un suspiro hondo al pensar en el encuentro con los furiosos de la señora Van Winkle.

Cuando estaba á punto de descender, oyó una voz lejana gritando:

—¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!

Miró en derredor, pero nada pudo ver, sino un cuervo aleteando su solitario vuelo á través de la montaña. Supuso que se trataba de un engaño de su fantasía y reanudó el descenso, cuando de nuevo oyó el mismo grito resonando en medio de la quietud de la tarde:

—¡Rip Van Winkle! ¡Rip Van Winkle!

Al mismo tiempo, *Wolf* erizó su lomo y, dando un sordo gruñido, se puso al socaire de su amo,

mirando temerosamente á las profundidades de la vaguada. Rip entonces sintió que un vago terror se apoderaba de él; escudriñó ansiosamente en la misma dirección, y percibió una extraña figura deslizándose entre las rocas é inclinándose bajo el peso de algo que llevaba en su espalda. Le sorprendió ver algún ser humano en aquel seño é infrecuentado lugar; pero imaginando fuese alguien de las inmediaciones necesitado de ayuda, se apresuró á bajar para auxiliarse.

Al aproximarse más, quedó todavía más sorprendido por la singular apariencia del viandante. Era un viejo individuo, bajo, de complexión cuadrada, con recio y espeso cabello y barba grisácea. Su traje era de la antigua usanza holandesa.

Acarreaba en su hombro un grueso barril, que parecía lleno de licor, é hizo señas á Rip de aproximarse y ayudarlo á llevarlo. Aunque más bien receloso y desconfiado de este nuevo conocimiento, Rip accedió con su habitual condescendencia, y pasándose mutuamente de uno á otro, ascendieron por un estrecho barranco, que aparentaba ser el lecho seco de un torrente de la montaña. Según subían, Rip, de vez en cuando, escuchaba estampidos rodantes, como de lejanos truenos, que parecían salir de una profunda hondonada, ó más bien abertura entre los riscos, hacia la cual conducía su penosa senda. Atravesando el barranco, llegaron á una concavidad, como un pequeño anfiteatro, rodeada por precipicios verticales. Durante todo el tiempo, Rip y su compañero habían marchado en silencio, porque aunque el primero se maravillaba de la finalidad que podía tener transportar un barril de licor por aquella salvaje montaña, sin embargo, había alguna cosa rara é indefinible, respecto al desconocido, que le inspiraba temor y refrenaba su familiaridad.

Al entrar en el anfiteatro, nuevos motivos de maravilla se presentaron á ellos. En un sitio llano, en el centro, estaba un grupo de barbudos personajes estrambóticos jugando á los bolos. Aparecían vestidos de una forma original y exótica; algunos llevaban jubones cortos; otros,

chaquetones con largos cuchillos en los cintos, y los más de ellos vestían enormes calzones, de estilo similar á los del guía.

Cuando Rip y su compañero se acercaron á ellos, suspendieron repentinamente el juego y le observaron con miradas tan fijas como de estatuas, y con tan extrañas, groseras y desapacibles caras, que su corazón se encogió y le temblaron las piernas. Su acompañante vació entonces el contenido del barril en grandes frascos y le hizo señas de repartirlos á los reunidos. Obedeció trémulo de miedo; los jugadores trasega-

dido. Los pájaros saltaban y gorjeaban entre los arbustos. Un águila giraba sobre las cumbres, respirando la pura brisa de la montaña.

Recordó los incidentes anteriores á su sueño: el misterioso individuo, el barranco, la selvática soledad entre las peñas, la angustiosa partida de bolos, el frasco...

—¡Oh, el frasco! ¡Aquel empecatado frasco! —murmuró Rip—. ¿Y qué excusa daré á mi mujer?

Buscó en derredor su escopeta; pero, en lugar de su limpia y reluciente arma de fuego, halló

tirada una vieja escopeta con el cañón corroído por el moho, la llave suelta y la caja comida de gusanos. *Wolf* tampoco estaba allí, pero podía haberse extraviado persiguiendo á alguna ardilla ó alguna perdiz. Le silbó, vociferó su nombre; mas todo en vano: los ecos repitieron sus silbidos y voces, y el perro no apareció por parte alguna. Determinó volver á visitar el sitio de la última andanza de la tarde, y si encontraba á alguien de la partida, pedirle su perro y su escopeta. Al emprender la marcha, notóse rígidas las articulaciones y amenguada su habitual actividad.

—Estos lechos de montaña no me sientan bien —se dijo—; y si á causa de esta aventura quedase postrado por un ataque de reumatismo, se redoblarían los sermones de mi mujer.

Por fin llegó, con no poca dificultad, adonde el barranco se abría en anfiteatro; pero ningún vestigio quedaba de tal abertura. Las rocas se amontonaban en un alto muro impenetrable, sobre el que se desplomaba un torrente que, como lienzo de plumosa espuma, caía después en una dilatada laguna obscurecida por las sombras de la floresta del rededor.

La mañana se iba pasando, y Rip sintió hambre, echando de menos su desayuno. ¿Qué haría? Movié la cabeza, colocó en su hombro la mohosa escopeta y, con el corazón oprimido por la pena y la ansiedad,

retornó hacia el hogar. Mucho le chocó, desde luego, al aproximarse á la aldea, no reconocer á ninguno de los vecinos que encontró á su paso. Sus personas y sus trajes eran completamente desconocidos para él. Todos, al tiempo que le contemplaban con estupor, se acariciaban las barbillas. La constante repetición de este ademán indujo á Rip á hacer lo mismo, y cuál no sería su asombro al notar que la barba le había crecido ¡un pie de largo!

A medida que se adentraba en el pueblo, su sorpresa iba en aumento. La aldea era más grande y populosa; filas de casas nuevas se alzaban por todas partes, en substitución de las que existían; su propia vivienda estaba en desolada ruina y desierta; el sitio de la posada,



ron el licor en profundo silencio y reanudaron la partida en el más misterioso y melancólico mutismo.

El temor y la aprensión de Rip disminuían gradualmente. Al fin se aventuró, cuando ninguna mirada se fijaba en él, á probar la bebida, que tenía mucho del sabor de ginebra excelente. Como, en realidad, estaba sediento, pronto decidió repetir el trago. Un saboreo provocó otro, y reiteró sus visitas al frasco tan á menudo, que al cabo se rindieron sus sentidos, se le nublaron los ojos, su cabeza declinó suavemente y quedó sumido en un profundo sueño.

Al despertar, encontróse en el verde otero donde viera primeramente al viejo de la hoyada. Se frotó los ojos. Era una mañana de sol esplén-

donde fumara tan plácidas pipas, lo ocupaba un vasto y destartado edificio de madera, que ostentaba en la puerta el letrero «Hotel de la Unión», de Jonathan Doolittle; y aunque logró reconocer la rubicunda efigie de Jorge III, la encontró singularmente metamorfoseada, con casaca roja, en vez de la azul, con colete; un sable en la mano, en lugar del cetro; la cabeza cubierta con un sombrero de tres picos, y debajo la inscripción, con grandes caracteres, *General Washington*.

—¡Ah, aquel maldito paseo de la pasada noche — gimió Rip — ha trastornado deplorablemente mi pobre cabeza!

Inútilmente buscó á alguno de sus buenos amigos entre el nutrido grupo que se agolpaba delante del mesón. Allí, un sujeto de apariencia biliosa, con los bolsillos llenos de proclamas, estaba perorando acerca de los derechos ciudadanos, elecciones, miembros del Congreso, libertad, la colina de Bunker, los héroes del setenta y seis y otros temas, que constituían una perfecta jerga babilónica para el aturdido Van Winkle.

Su luenga barba gris, su estropeada escopeta, su traje original y aquel ejército de mujeres y chicos detrás de él, pronto atraieron sobre Rip la curiosidad de los políticos del hotel, que, haciendo corro en torno suyo, le miraban de pies á cabeza con gran atención. El orador le preguntó «que de qué lado votaba»; un pequeño y locuaz hombrecillo le interrogó al oído «que si era federal ó demócrata»; y otro viejo caballero, de presuntuoso empaque y con sombrero de tres picos, plantándose ante él con un brazo en jarras y el otro apoyado en el bastón, le interpeló en severo tono «que por qué acudía á la elección con escopeta al hombro y una caterva tras de sus talones, y «que si pretendía provocar un motín en la aldea».

—¡Por Dios santo! — exclamó Rip, casi desmayado —. ¡Yo soy un pobre ciudadano pacífico, natural de este lugar, y un súbdito leal del rey, que Dios guarde!

Al decir esto, una algarabía general estalló en la concurrencia.

—¡Un tory! ¡Un tory! (1). ¡Un espía! ¡Fuera! ¡Fuera!

Con gran esfuerzo el soberbio individuo del sombrero de tres picos pudo restablecer el orden; y decuplicando la severidad del ceño, preguntó otra vez al desconocido delincuente «qué iba á hacer allí y á quién buscaba». El desdichado le aseguró humildemente que no se proponía nada malo, sino que tan sólo iba en busca de algunos de sus vecinos, que acostumbraban á reunirse en la posada.

—Bien. ¿Quiénes son ellos? Nómbrelos usted.

Rip meditó un instante, y fué luego preguntando por cada uno de sus amigos.

Como sucesivamente le contestaran que Nicolás Vedder había muerto hacía diez y ocho años; que no se sabía si Brom Dutcher murió en el asalto de Stony Point ó ahogado en una borrasca, y que Van Bummel, el maestro de escuela, después de ser un gran general de la milicia, estaba de miembro del Congreso, la tristeza y confusión de Rip subieron de punto y, sin ánimo para

preguntar por ningún otro de sus amigos, gritó al fin, desesperado:

—¡Y nadie conoce aquí á Rip Van Winkle? — ¡Oh, Rip Van Winkle! — exclamaron dos ó tres —. ¡Oh, sin duda alguna! Rip Van Winkle está allí, apoyado en el árbol.

Rip miró adonde le señalaban y vió una copia exacta de él, tal como estaba al irse á la montaña. Se quedó como el que ve visiones. En medio de su estupefacción, el individuo del sombrero de tres picos le preguntó «que quién era y cómo se llamaba».

—¡Dios lo sabe! — respondió, creyendo haber perdido el juicio —. Yo no soy yo mismo...; yo soy algún otro...; aquel que está allí soy yo...; yo era yo mismo anoche; pero me quedé dormido en la montaña, y me han cambiado la escopeta; todo me lo han cambiado, hasta mi persona...

Los oyentes empezaron entonces á mirarse los unos á los otros, á mover las cabezas, á guiñarse significativamente y á girar sus dedos índices apoyándolos en las sienes. Cuando se cuchicheaba para quitarle la escopeta, como medida de precaución, se presentó allí una guapa joven con un niño regordete en los brazos, el cual, al ver á Rip, se asustó y rompió á llorar.

—¡Calla, Rip! — gritó ella —. ¡Calla, tontito! ¡Este señor anciano no te hará mal alguno!

El nombre del chico, el aire de la madre, el tono de su voz, todo, despertó un caudal de recuerdos en la mente de Van Winkle. En el diálogo que entabló con la recién llegada, pronto confirmó sus sospechas de que eran su hija, Judith Gardenier; y su nieto. Con temblorosa

emoción preguntó por la señora Van Winkle. Al saber que había muerto en un acceso de cólera, experimentó un ligero consuelo. El buen hombre no pudo contenerse más y, estrechando á su hija y al rorro entre los brazos, gritó:

—¡Yo soy vuestro padre! ¡El joven Rip Van Winkle de otro tiempo!... ¡El viejo Rip Van Winkle de ahora!

En el primer momento, los vecinos se quedaron estupefactos; pero después, á pesar de que una vieja reconoció á Van Winkle y juraba que era él, comenzaron á guiñarse unos á otros y á abultar los carrillos con sus lenguas, en señal de duda. El hombre transcendental del sombrero de tres picos estiraba la cara, bajando las comisuras de su boca, y movía á uno y otro lado la cabeza; y alrededor de ésta se veía un movimiento lateral de cabezas de toda la asamblea.

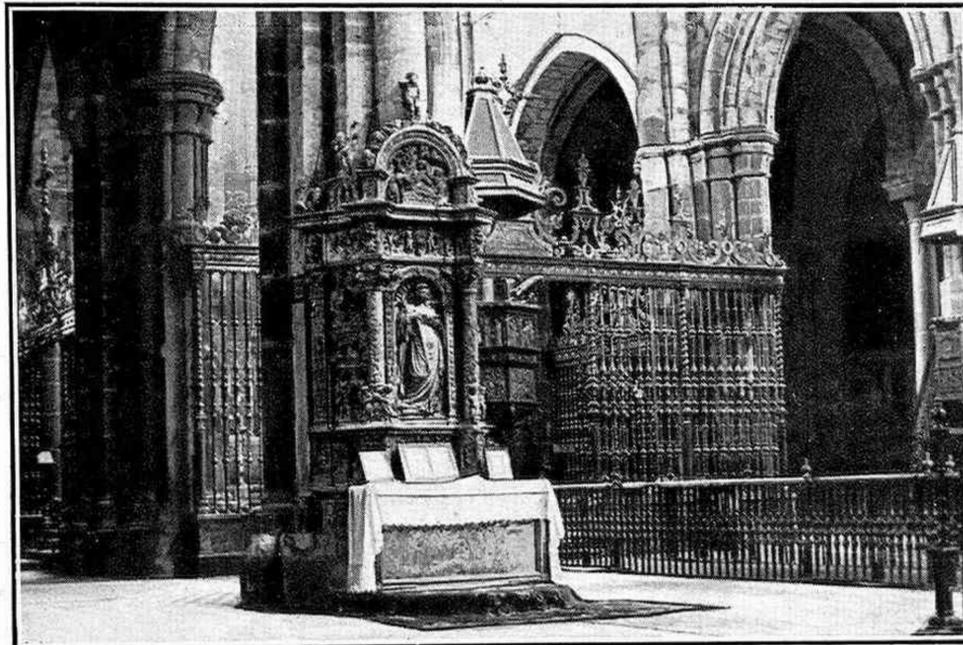
Sin embargo, se acordó pedir opinión al viejo Pedro Vanderdonk, descendiente del historiador del mismo nombre, que escribió una de las primitivas crónicas de la provincia. También reconoció á Rip inmediatamente y explicó lo sucedido del modo más satisfactorio. Aseguró que era un hecho, con ignado por su antecesor el cronista, que las montañas Kaatskill siempre habían estado encantadas por seres fantásticos; que se decía que el gran Hendrick Hudson, el primer descubridor del río y del país, observaba allí una especie de velación cada veinte años con su tripulación de la «Media Luna», lo cual le permitía repetir la visita á los parajes de su empresa y guardar con ojos vigilantes el río y la gran ciudad de su nombre; que su padre los ha-

bia vi to una vez con sus antiguos trajes holandeses, jugando á los bolos en una hoyada de la montaña, y que él mismo había oído, en una tarde de verano, los estampidos de las bolas, como lejanos estruendos de truenos.

Tras estas explicaciones se dispersó la asamblea, para ocuparse en los importantes preparativos de la elección. La hija de Van Winkle le llevó á su confortable y bien amueblada casa, donde vivía con su marido, un robusto y alegre labrador, y su hermano Rip, vivo retrato de su padre, y que era el que se veía apoyado en el árbol.

Pronto reanudó Rip sus antiguos paseos y costumbres, recobrando con ello su pasada popularidad. Solía contar su historia á todo forastero que llegaba al Hotel de la Unión. No faltaban algunos que dudasen de la realidad de la narración, ni que insistiesen en que Rip había perdido la cabeza; extremo éste que siempre quedaba en el aire. Pero los viejos habitantes holandeses casi unánimemente le concedían completo crédito. A partir de aquella época, jamás oyen una tormenta en las tardes estivales sobre las Kaatskill sin que digan que Hendrick Hudson y su tripulación están jugando á los bolos; y es muy común en todos los maridos Juan Lanas de la región, cuando la vida conyugal se les hace insoportable, sentir vehementes deseos de beber el plácido trago del frasco de Rip Van Winkle.

## LAS VIEJAS CATEDRALES



Yo adoro esas vetustas severas catedrales  
que hechizan de las sombras los tétricos misterios,  
con muros renegridos, con altos ventanales,  
con claustros cual silentes dormidos cementerios;

con coros de talladas primorosas molduras;  
con bóvedas inmensas, cual gigantes vestiglos;  
con góticos retablos, con viejas sepulturas  
selladas por el beso sagrado de los siglos.

El alma del pasado en su interior palpita,  
y en la densa penumbra de sus naves se agita  
como horrendo fantasma, como hálito espectral...

Yo envidio la fortuna del embriagante incienso  
que al alma antigua abraza en el espacio inmenso  
de las grandiosas naves de avecaica catedral.

Manuel FERNÁNDEZ de la FUENTE

FOTOGRAFÍA DEL MISMO

Traducción y adaptación de  
Francisco ANAYA RUIZ

Dibujos de ECHEA

(1) Partidario de Inglaterra durante la guerra de la Independencia de los Estados Unidos.

# PELICULAS BREVES

# EL TRIUNFO



**P**OR DIOS, Amalia! Tú sabes cuánto significa para mí esta obra... ¡De ti, y en este acto, dependen el triunfo ó el fracaso!...

La voz de Julio era casi un sollozo, rogándola, implorándola, con el ademán humilde y el gesto anhelante...

—Descuida, hombre, descuida... — murmuró Amalia, suave, tranquilizándole...

—A ti te lo confío todo, ¡todo!... — se entregó él, confiado...

Y rápido, transfigurado, nervioso, salió del «camerino» casi corriendo.

Amalia, en pie, vuelta de espaldas al tocador, cuyo espejo copiaba su torso armónico y gentilísimo, con una mano en la cintura y la otra apoyada en el respaldo del floreado sillón de «reps», alta la frente, duro el gesto, con las pupilas dilatadas, fijas en el marido con cruel insistencia, le vio salir, sin despedirle, siguiéndole con la vista tenazmente... En sus ojos había dureza, desdén, rabia y dolor...

—¡Oh! — pensó, con desprecio y con pena — Era ahora cuando peligraba su gloria de dramaturgo, cuando su vanidad de artista se veía amenazada, cuando Julio recurría á ella, rogándola casi con lágrimas en los ojos por su obra y por él... Le reconocía, comprendía así bien á su marido. Temperamento de artista y de luchador, rectilíneo, con el egoísmo de los obsesos por una idea fija, los hombres y las cosas sólo tenían valor para él en el momento de utilizarlas, cuando podían valerle para conseguir su objeto... Como un niño voluntarioso, terco, irresponsable, así iba Julio por la vida... Enamorado de las ideas como de los juguetes, mientras eran nuevos é inasequibles. Luego, con la posesión, su avidez analizadora los destrozaba para arrancarles el secreto de su mecanismo ó de su emoción, y los olvidaba en seguida rotos, sin fuerzas y sin alma... El corazón del artista no se conmovía entonces... Una nueva ilusión, brillante, desconocida, volvía á atraerle, olvidándolo todo: lo que había destrozado para su placer ó lo que se había sacrificado para su triunfo...

Así — lo reconocía Amalia — había sido ella para Julio. Escalón sobre el que elevarse, motor impulsor de las primeras rotaciones artísticas, de los primeros triunfos de él; Cirineo que le ayudó á llevar la cruz de artista inédito... Su nombre, su fama de actriz, habían servido para conseguir el estreno de los primeros dramas de Julio... Después éste, con reputación propia ya, sin ne-

cesidad de ayuda, la olvidaba, la traicionaba, tal vez se sentía molesto por aquel testigo de sus luchas mezquinas, de sus ambiciones pueriles de principiante...

ooo

Julio había tenido varios fracasos consecutivos en las dos últimas temporadas. Era inexplicable cómo se había interrumpido su feliz carrera de éxitos. Empezó á murmurarse de él; la crítica, que tuvo que doblegarse ante el triunfo de público de las primeras producciones, volvía á inquietarle con sus censuras, ahora que la multitud volvía las espaldas al dramaturgo... Restaban mérito á su labor de antes; atribuíanla á circunstancias de oportunidad... Los más suspicaces llegaban á asegurar que las obras anteriores no eran de la misma pluma que trazó éstas que después fracasaban. Y en las tertulias, entre bastidores, los profesionales comentaban con piadosa ironía:

—El pobre Julio... Ha trabajado mucho. Justo es que esté agotado...

La murmuración llegó á Julio y le hirió en el alma con toda su crueldad depresiva; era lo más terrible, lo más mortificante para su espíritu de artista.

En aquella crisis, para Julio, desdeñado y casi olvidado, fué Amalia la única que, como mujer y como artista, supo darle fuerzas y esperanzas...

Por eso era más doloroso para ella, que había asistido á la lenta reivindicación espiritual del artista; que había puesto su alma en la obra; que sabía que el drama representaba la consagración de Julio si triunfaba ó la derrota definitiva si no lograba convencer, el saber que su marido era desde hacía dos meses amante de Rosina, la actriz rival que con ella compartía los grandes éxitos del teatro; la que había ya varias veces intentado disputarle su derecho indiscutible á ocupar el primer lugar en la compañía.

Rival, pues, como artista y como mujer. Y ella, que como actriz había siempre desdeñado, temía ahora como amante de Julio...

Tomó su resolución. Puesto que Rosina le disputaba su lugar doblemente, ella, poniendo en el drama todo el arte de que era capaz, la vencería como actriz; y poniendo en la obra y en su marido toda su alma exquisita de mujer amante y toda la fiera de la hembra ultrajada, sabría alcanzar del orgullo del artista lo que del hombre no consiguió...

En el pasillo, ante la puerta del cuarto, se oyó la voz del transpunte que gritaba:

—Señora Cebrián, ¡a escena!...

Un silencio, uno de esos largos silencios preñados de angustia, de emoción, de ansia, se hizo en la sala.

Llegaba la escena culminante del drama *El honor de ellas*, cuando en la farsa la esposa ultrajada se encontraba con la amiga que había destrozado su vida con una traición...

Amalia, inconscientemente, dirigió la mirada á los bastidores y vió entre ellos á su marido, pálido, con un gesto de dolor en el semblante, mirándola como en súplica...

De ella dependía el éxito de la escena.

Y así fué. Brotaron de su boca las palabras nobles, de reproche, ante los cinismos de la amante. Y transportada á la realidad, viendo en la farsa del teatro la fiel reproducción de su vida, puso en su acento toda la fiera de su alma de mujer amante y engañada. De sus labios brotaban las palabras implacables con violentas inflexiones de pasión, de dolor, de desprecio...

El público seguía, ávido, los movimientos de la actriz que en el pleno dominio de su arte le arrebatava temblando de emoción... Nunca ninguna de las dos actrices habían llegado á tan suprema grandeza en la expresión: Amalia, temblaba. Rosina, se erguía exaltada y defensora. En el momento aquel, humillada por una frase de desprecio, la esposa se había lanzado sobre la amante...

... La ficción era completa. Las dos artistas representaban á maravilla sus papeles. Se veía á Amalia articular, rugiendo, las palabras, luchar fieramente aferrada al cuello blanco y delgado de Rosina, y á ésta, en un alarde maravilloso de expresión, girar los ojos desorbitados, contraer los músculos...

Los espectadores prorrumpieron en una ovación clamorosa, unánime...

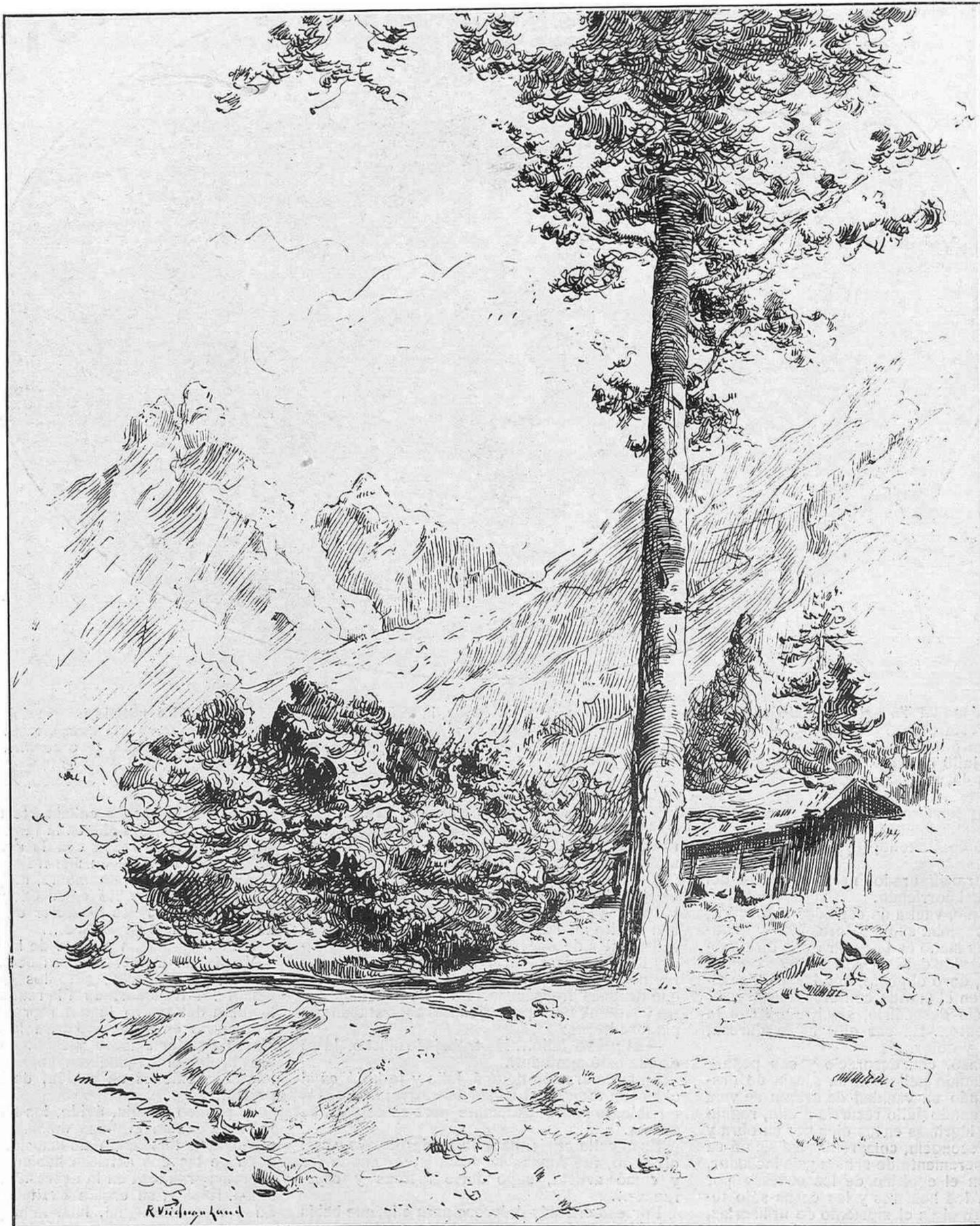
... Que se trocó en un alarido de espanto al ver á Amalia separar sus manos con las uñas ensangrentadas del cuello de Rosina, y á ésta, tras una convulsión suprema, caer para no levantarse más...

El triunfo, definitivo y trágico, había llegado...

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

FOT. ARTCRAFT

# EL HERMANO ÁRBOL



Sobre la ingente cumbre de la empinada Sierra, el árbol se levanta como un glorioso airón, tan alto y tan erguido, que toca con sus ramas el disco de oro y fuego del luminoso sol.

Y en la feraz planicie, de esmeraldina vega, igual es su pomposo ramaje a una triunfal bandera de esperanza, que guía nuestros pasos a un reino bendecido, de grato amor y paz.

En el jardín risueño, paraje del encanto, es como una armonía de gracia y de frescor, y en el camino incierto, que nuestras plantas hue- una caricia dulce como una bendición. [llen,

El árbol es amigo del hombre, como el manso cordero, como el ave canora y cielo azul: sus ramas, como brazos que llaman al reposo; sus frutos, como dones de amor y juventud.

Bajo la clara noche del abrileno día, al venturoso amparo de su nupcial dosel

van los amores, llenos del fuego del deseo, con ansias inmortales de hallar seguro bien.

Y en la intranquila hora, cuando los vientos zum- y se desata en rayos la negra tempestad, [ban del árbol se agigantan las sombras; mas se aclara nuestro temor, y el alma parece un luminar.

El árbol es hermano: nos da en la Primavera sus flores, y en Verano sus frutos en sazón; y en el Otoño triste, y en el Invierno helado, sus ramas, que, en los lares, son luz y son calor.

De él se hizo el esqueleto que levantó, potente, la mole de granito de augusta catedral, y construyóse el duro y patriarcal arado, y el fulgido retablo de sacrosanto altar.

El árbol es sapiente: él sabe de las voces que el viento lleva en alas de un ímpetu veloz; del ritmo de la vida, que es toda la armonía; del cielo y de la tierra, del alma y del amor.

El sabe ae la pena del mísero viajero sin rumbo, por el duro camino del azar, y sabe de la alegre canción del caminante que torna al patrio suelo con gloria y libertad.

De él se hizo nuestra cuna, la cuna que mecieran los brazos de la madre, que es gracia, encanto y luz, y de él se hará el sagrario que guarde nuestros en brazos de la muerte: el fúnebre ataúd. [huesos

Poetas, mis hermanos: cantemos la alabanza del árbol, fresca palma del mártir inmortal, del héroe victorioso; laurel inmarcesible, y oliva, emblema y signo glorioso de la Paz.

Y en alas de los aires, que vaya nuestro acento por todos los espacios cantando en su loor, con música acordada de voces infantiles, y notas que sean ritmo del dulce corazón.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

## LOS CASINOS

# El hombre del cuatro doble y algunos hombres y cosas más

¿Quid velit et possit rerum concordia discors?  
HORACIO.

UN baile en un casino... Está eso descrito tantas veces, que pasamos adelante. Mucho calor, mucho aburrimento y muchas señoras viejas. Cada señorita toca una pieza para que bailen las otras señoritas. Estas piezas son, como las señoritas que bailan y el piano que suena, admirables. Se trata de bailar; antiguamente, esa operación era muy delicada, muy engorrosa; hasta era preciso que el piano estuviese afinado; hoy se ha simplificado algo la cuestión — ¡qué no se habrá simplificado en nuestro tiempo!... —, y lo necesario es que haya un piano, aunque deis con el dedo en una tecla y la tecla os regale el oído con el son de otra. También es necesario que haya un señorito que se acerque a la señorita ejecutante y la hable de amor en esa postura enteramente ibérica que consiste en meter la cabeza y el cuello entre la señorita y el atril del piano, no sin apoyar el codo en el teclado, para que el cuerpo bascule indolente sobre las teclas y sobre las botas. En esta deliciosa postura se corren aventuras inauditas, gérmenes de ensueños imperecederos; por ejemplo, cuando la señorita ha menester de las octavas, que aplasta el codo y, sin dejar la pieza, toca el codo con un dedo lindísimo y hace un monísimo mohín para que el pollo ahueque el ala. Entonces suele ocurrir que el enamorado mancebo se encuentre bien así y no quiera levantar el codo, y rabie ella y ría él, y el piano repita mil veces un compás, hasta que la angelica criatura oprime con sus piecitos los pedales de un modo que haría fruncir las cejas a Falkenberg y reír a Monod.

En tan gracioso caso tuvimos el honor de conocer al hombre del cuatro doble. La señorita, cuyo dulcísimo nombre enmascaramos con la honorable equis, para no herir su modestia, producía en aquel momento unas vibraciones simpáticas que, por lo largas, eran ya resonancias ingratas, y en medio de ellas oímos el *No me mates, no me mates*, que con uno de sus dedos teclaba el hombre del cuatro doble. El dedo estaba cubierto de sortijas, y en la cara de aquel hombre brillaba la felicidad. Nos dijeron que era el árbitro del Casino y un abogado criminalista capaz de dejar bizcos a Framarino, Gross ó Ricci... Además, era hijo del cacique y un jugador formidable de dominó. Invenible en este juego, ganaba siempre; su especialidad consistía en cerrar con el cuatro doble. En el Casino le adoraban, porque era «un tío con toda la barba» y muy campechano. El único lunar que reconocía en el «santuario de su alma» con i-tía en lo que llamaba «último darwinista». Era el último darwinista, y lo era «brutalmente total»; más que el mismo Darwin, si le apuraban.

El hombre del cuatro doble gustaba mucho de las fiestas casinarias. ¡Oh!, ¿qué sería de las provincias sin los casinos? ¿Y qué sería sin los casinos provincianos de tantos y tantos trashumantes de talento como la picaresca ó el ambiente arrojan sobre los pueblos? ¿Por qué hablar mal de los casinos?... Ya quisiera el hombre del cuatro doble ver allí, en la ciudad *reumática*, á todos esos que hablan mal de los casinos, que á costa de los casinos gastan bromas amargas ó hilvanan literarias parlarías. Serían como ellos son. El mismo, antes de ser el hombre del cuatro doble, fué un joven que se burlaba con sangre en los labios de todo eso que pasa en los casinos. Hoy, hoy...; pero he de perdonar, porque le llama la bellísima *equis* desde el piano. Y otra vez allí, en el piano, hablando de amor, de un amor del que ningún novelista de la tierra escribió jamás, de un amor sin principio ni fin, ni romántico, ni realista; de un amor que es á los sentimientos como el tema del tiempo es á las conversaciones generales.

Somos presentados á la señorita *equis*. Linda, lindísima, por cierto. El hombre del cuatro doble, al hacernos su presentación, nos dice así: Es una flor de casino. En los casinos de la ciudad fué lanzada á la sociedad. Allí canta, allí baila, allí luce su maestría en el piano; allí se enamoró sucesivamente de todos esos hombres indescriptibles de que se enamora una señorita antes de

que la casen... Luego conocemos al padre de esta señorita: presidente del Casino en todas las Juntas; comerciante rico, de cara de dogo, que aplica su cara y su genio bursátil á la administración del Casino. Hasta que él no se hizo cargo del Casino, ¡oh, cómo andaba el Casino dichoso! Habla en italiano con su hija, y jamás hemos gozado tanto oyendo á los dos dichosos seres destrozarse un idioma... Su tío, el tío de la señorita *equis*, es aquel sacerdote, un cura liberalísimo, que no tiene de cura sino los hábitos; pero que en materia de religión va más allá de Torquemada. ¡Ah, si lo viéramos en tiempo de elecciones!... Cura más simpático no lo hay. Se remanga los hábitos y á la calle á cazar votos. Y vengan hombres á él conque sí ó conque no. El es cura; pero mucho ojo, que también es hombre. Todavía se recuerda en la ciudad una bofetada que él dió; suena todavía, y lo que sonará... Sus contertulios son dignos de él: un propietario cuyo mérito mayor, el que más en estima tiene él, es que no sabe ni leer ni escribir, y tanto ama este detalle, que se ha hecho tarjetas en las que, bajo su nombre, se lee *Analfabeto*; un tío casinario cuyo único oficio es decir palabrotas tremendas y absurdas, y que gustan, y que él las dice porque las aprueban y hasta berrean; un viejo de imponente aspecto que cuando se celebra cualquier acto se acerca, con lágrimas en los ojos, al actuante, y le dice invariablemente que hasta oírle ó verle no pasó en la vida una ó dos horas mejores; el tipo sentimental del Casino, á quien, sin hacer nadie caso real, todos consultan en sus crisis de emoción; el sujeto que heredó de su padre un arca llena de duros puestos de canto, y que cuenta que para sacar el primero tuvo que mandar á llamar un carpintero que le rompiera el cofre; pero, sobre todo, el marqués de la T de la H de la B, anciano derrochador y baratero íntimo inseparable de otro viejo que siempre toma asiento á su lado, única cosa que toma el tal señor en el Casino. Una vez, dicen; una vez, hace ya años, el tal señor del asiento perdió en el salón una monedita de dos reales; tres cajas de fósforos gastó para encontrarla, y aun así no la halló; desconsolado estaba con su pérdida cuando acertó á pasar el marqués de la T de la H de la B, que, enterado, furioso por la sordidez del viejo ricacho, abrió la cartera, sacó un billete de mil pesetas, le prendió fuego y, con tan original candela, buscó y capturó debajo de las sillas la monedita de dos reales. El buen hombre, que no sabe leer ni escribir, se encara, al conocerlos, con nosotros, y dice: Sí, señor; yo soy un analfabeto, y á orgullo lo tengo; hoy, que todo dios sabe leer y escribir, es aristocrático no saber eso. Y con no querer saber eso hace las delicias de sus amigos, que le felicitan y dan palmas en el hombro.

El hombre del cuatro doble goza lo indecible con nuestra sorpresa. Un Casino es un pequeño Mundo, dice, y un Mundo inexplorado. Y nos señala un cualquiera de rostro vulgar que hizo edificar á su cuenta la casa que ocupa el Casino, y que viene cobrando el importe, después de ofrecerla en su precio de coste, hace cuarenta y dos años. Se la ha cobrado ya cinco veces y media; todos lo saben y nadie protesta, porque en su caso todos harían igual, y les es muy grato dejar correr el agua. Aquel otro tipo que vemos allí en un grupo vociferando como ocho es un narrador de cuentos; pero un narrador profesional, incansable en contarlos. Hay que oír á ese hombre cuando algún día encuentra quien se atreve delante de él á relatar un cuento nuevo. Se crece él, se crece el otro; aquél insiste, éste lo mismo, hasta que los cuentos, más que por la boca, les salen por los ojos. Si en vez de cuentos son colmos, chistes, parecidos, chascarrillos y demás bobaliconerías, la reunión entera participa, y no sólo la reunión, sino el Casino en masa. ¿En qué se parece un paraguas á un tío de América, vamos á ver?, dice cualquiera. Y en el Casino no se oye una mosca: quién con el dedo en la frente, quién con su puro en la boca y posturas de bestia lozana. Todos perdidos, juicio y habla, en un profundo trabajo intermental; todos, hasta los sirvientes, que, como los socios, buscan en su cerebro el parecido de un tío en América á un paraguas...

El Casino del hombre del cuatro doble tiene un socio, un militarote en activo, de panza descomunal y maneras suyas, únicamente suyas. ¿Cómo pasarse un casinero: in el gustazo de decir todos los días, todas las horas, como si por primera vez le viese? ¡Oh, mi capitán!... El capitán sonríe, halagado, atusándose el bigotazo, y el paisano goza lo indecible con el saludo militar de aquel hombre, de quien todos dicen que es tan campechano, que la milicia le tiene sin cuidado. Mas, como el cura, si alguien en su presencia se atreve á arriesgar una idea libre acerca de asuntos militares, verá que es mentira esa inhibición y se encontrará en grave peligro. ¿De qué les viene, pues, al capitán y al cura su famosa campechanía?, ¿de qué? Sobre el Casino se cierne una atmósfera densa de vanidad y de tontería. Unos á otros se atribuyen cualidades que no poseen, que además ni interesan ni importan. Por una convención tácita que todos respetan, unos á otros se guardan el secreto de su verdadera personalidad, y se manifiestan con una artificial manera de ser que todos manejan y dominan. Por este medio no hay un solo socio que no hable de todos los demás con una libertad extrema y como si durante su vida no hubiera hecho otra cosa que estudiar á cada uno de ellos. Esas libertades que unos á otros se permiten, las palabras que mutuamente se toleran, proceden de eso, de que sabe cada uno de ellos que hasta atravesar el umbral del Casino para que la propia personalidad desaparezca en un disfraz convenido de antemano. Si no procedieran así, ¿cómo poderse tratar unos á otros? ¿Cómo soportar la monotonía de los meses, de los años, juntos siempre, siempre los mismos? Así es que la mayor parte de los caracteres observados en estos sitios son simulaciones, posiciones ante otros caracteres. Es muy difícil observar en estos lugares de comodidad y de recreo. Cuántas veces creéis estar delante de un caso excepcional, de un extraordinario temperamento, hasta que la salida del Casino os revela la verdad y os lo descubren, ó él mismo se manifiesta como es. El hombre del cuatro doble estaba encantado con nuestro estupor. Es listo este hombre. El nos ha hecho notar que entre nuestros Casinos y los del extranjero hay una diferencia enorme. En los nuestros no hay posible aislamiento individual cuando se necesita y se busca; nadie lo permite, ni el reglamento. En los nuestros se hace imposible la verdadera intimidad, todos la rehuyen; en el reglamento se ha eludido bien eso, redactándole en ese curioso y curialesco sentido en que están redactados los reglamentos de todos nuestros Casinos.

Sobre una de las mesas hay un pliego con firmas. El hombre del cuatro doble nos hace sentar frente á esa mesa y observar lo que va ocurriendo. El que entra lee el pliego; si lee lo que en él se pide y no lee las firmas, no pone la suya en el pliego. Si lee las firmas y encuentra en ellas las más importantes de la población, no del Casino, traza cuidadosamente la suya. Si el que pasa ante la mesa no se fija en la mesa, ó no quiere fijarse, siempre sale á su encuentro un camarero que le dice: Ha dicho Fulano que no deje usted de firmar ahí, que se lo manda él. Y firma. A otros los traen determinados socios cogidos por los brazos, les ponen la pluma en la mano y ordenan con imperio que tracen allí su nombre. Pues bien; después de observado, se os dice: Ni el que firmó, porque fué su voluntad firmar, ni el que puso en el pliego su nombre, porque se lo ordenaron, han hecho otra cosa que obrar por obrar; lo que ese pliego pide no le interesa á nadie. ¿A nadie? Ni al mismo ó los mismos que lo encabezaron.

¿Qué puede interesar en un Casino? Todo lo que en él ocurre parece tangente á la verdadera vida, excéntrico á ella. Hay en sus salones como un ambiente de indiferencia por los actos más criticables. El hombre del cuatro doble nos cuenta un baile de máscaras organizado por él. No había fondos suficientes y no se dió á las señoras dulces. A eso de las doce notaron que las señoras se iban... á otro Casino, por cierto bien plebeyo, donde entregaban á cada señorita una cajita de dulces de valor de cuarenta céntimos...

EUGENIO NOEL

LA ESFERA  
LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

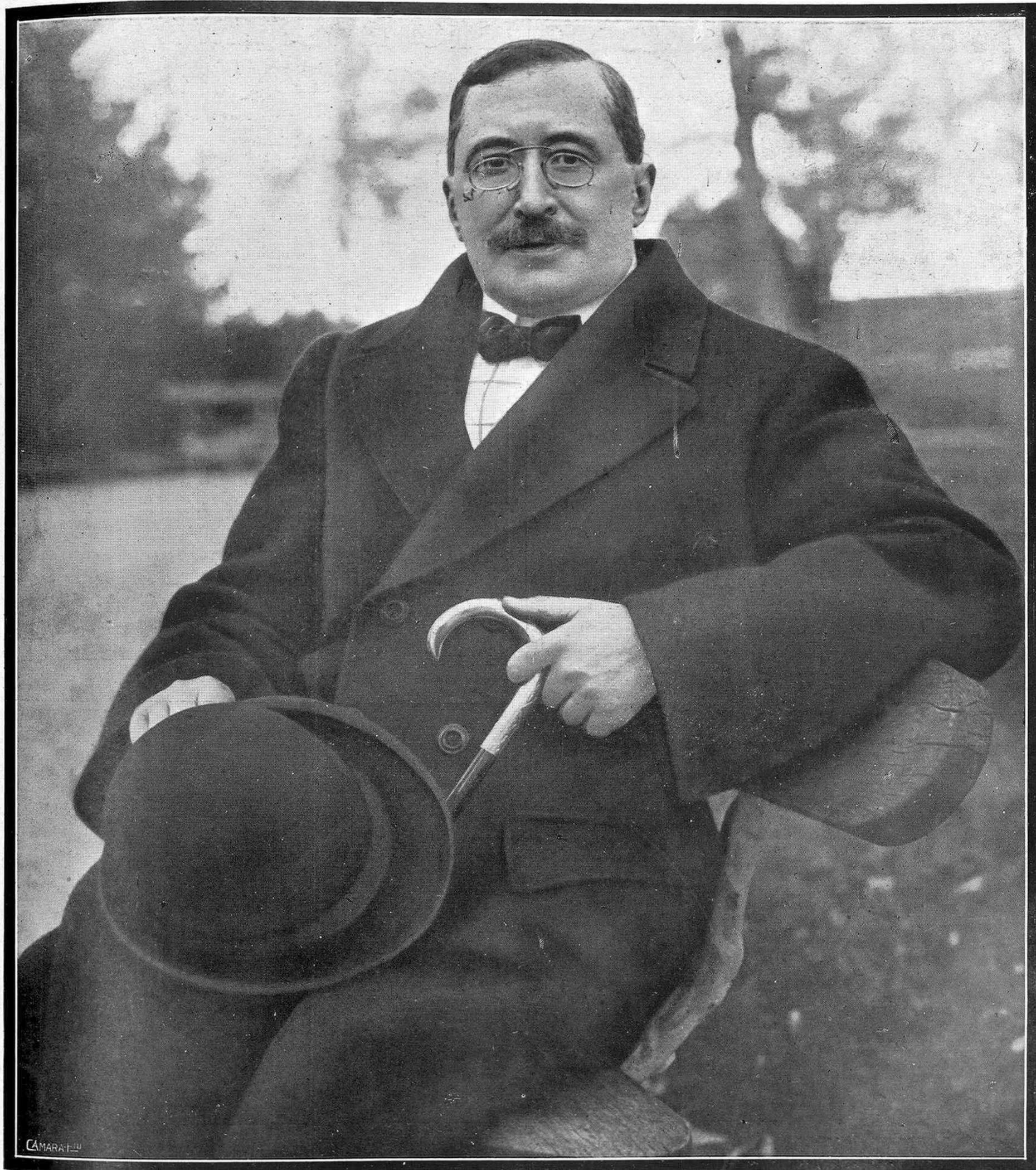


**RETRATO DE SEÑORA**

Cuadro original de José Ramón Zaragoza, que figuró en la reciente Exposición Nacional de Bellas Artes

LA ESFERA

# MARIANO DE CÁVIA



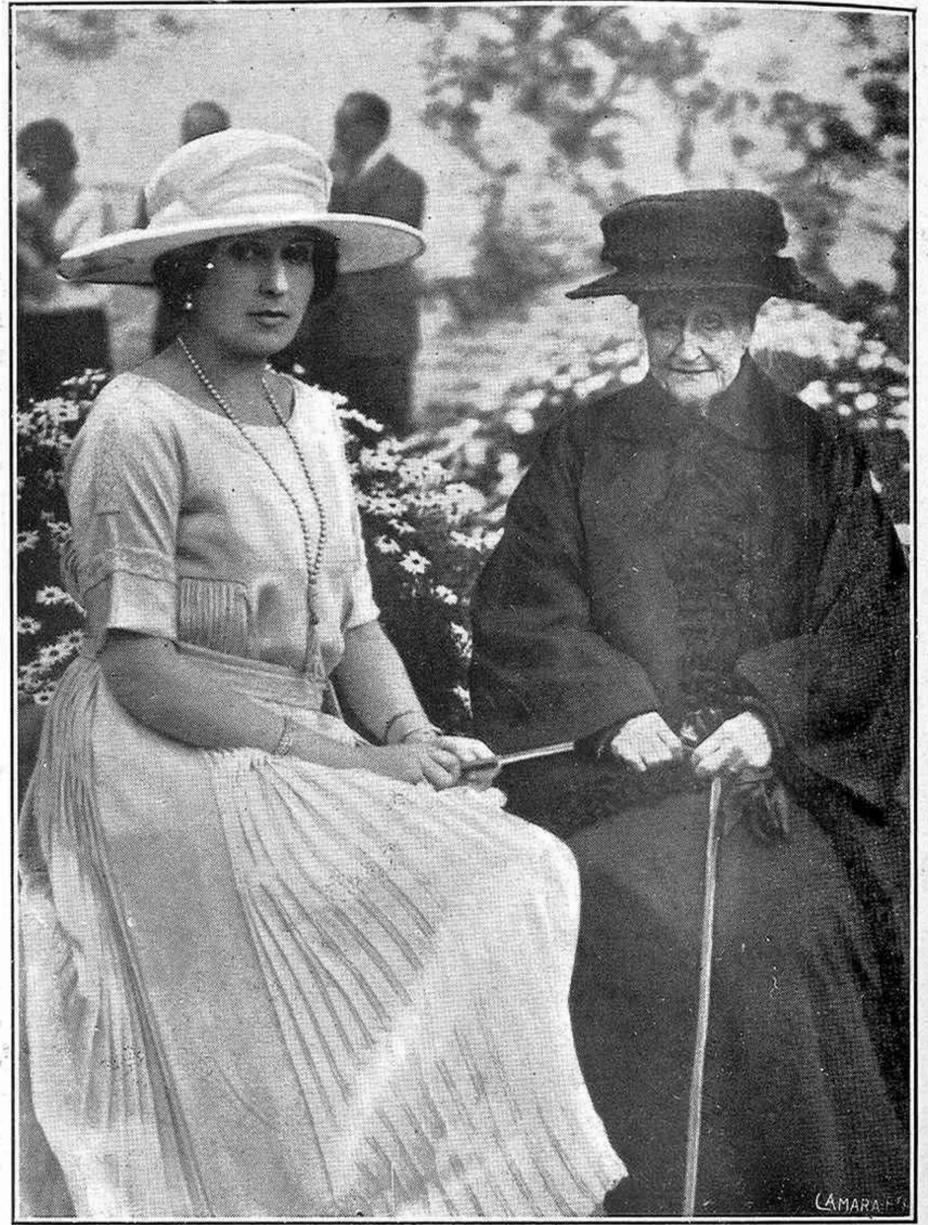
La muerte de Mariano de Cavia nos ha producido muy hondo y sincero dolor. En tal estado nuestro ánimo, parecería vano rendimiento á la actualidad arrojar sobre su féretro, como flores artificiales, ditirambos retóricos, elogios estereotipados tantas veces... La labor de Cavia será juzgada en sazón oportuna, como se juzga, hoy en plena serenidad, la de su predecesor y acaso único compañero: Mariano Larra. Cavia, en efecto, como *Figaro*, encarnó una época del periodismo español y fué su más alta cumbre. Quienes le conocíamos y tratábamos podíamos apreciar en toda su amplitud al humanista, al erudito, al filólogo, al poeta, al cuentista, al crítico, que pudo alcanzar la más alta preza en el cultivo de tan distintas manifestaciones de las Letras; pero para el público, Cavia no quiso ser, y no fué, más que el periodista, en el más noble sentido de esta palabra: en el de educador y director espiritual de las

muchedumbres. Todo su saber, que era asombroso, con erudición y juicio crítico, que muchas veces reconocieron y acataron Menéndez y Pelayo, Valera y *Clarín*, lo puso Cavia al servicio de la *Crónica*, del *Plato del día*, del *Cable del otro mundo*, de tantas otras nobles páginas de lectura popular, donde su ingenio, castizamente español, hacía amenos los temas áridos, y enveredaba la atención y la curiosidad de las gentes hacia las actualidades que ofrecía la vida nacional. Su ingenio admirable se ha conservado lozano hasta estos postreros años, en que rememoraba en las columnas de *El Sol* las glorias de su mocedad. La cercanía de la muerte no pudo rendir su austeridad ejemplar, que hacía vivir en dignísima y altiva pobreza al más grande ingenio de nuestro periodismo, y desdeñar los honores y los cargos, ni abatir su laboriosidad ejemplarísima ni agotar su fecundidad asombrosa.

# MUERTE DE LA EMPERATRIZ EUGENIA



Interesante fotografía de la Emperatriz Eugenia, obtenida recientemente en Sevilla, cuando salía de oír la misa en la Catedral, acompañada del duque de Alba



S. M. la Reina Doña Victoria en el jardín del palacio del duque de Alba, en Sevilla, acompañando a la Emperatriz Eugenia en una de las visitas que le hizo la augusta dama

UN designio providencial ha traído a morir en España, su tierra nativa, a la augusta dama que compartió con Napoleón III el trono de la Francia Imperial. Cuando, después de haber pasado una larga temporada entre nosotros, y ya curada de una antigua afección a la vista; después de ser operada brillantemente de unas cataratas por el ilustre oftalmólogo doctor Barraquer, se disponía la Emperatriz Eugenia a emprender su viaje de regreso a Inglaterra, una dolencia inopinada y de marcha rapidísima la ha arrebatado del mundo de los vivos.

Eugenia María de Montijo había nacido en Granada el 5 de Mayo de 1826. Contaba, por tanto, noventa y cuatro años de edad. Por su padre, el conde de Montijo, descendía de la noble y antigua familia de los Portocarrero, y por su madre, María Manuela Kirpatrick de Closeburn, de una familia católica escocesa que se vió obligada a emigrar a la caída de los Estuardos. En 1851 apareció en las fiestas celebradas en París en el Eliseo, ejerciendo profunda impresión en el ánimo del que un año más tarde pasaba a ocupar el trono imperial reinstaurado. Napoleón III y Eugenia de Montijo contraían matrimonio en Nuestra Señora de París el 30 de Enero de 1853, con toda la pompa que convenía al rango que iba a ocupar nuestra ilustre compatriota. Durante los primeros años de su matrimonio solía pasar los veranos en Biarritz, desde donde hacía frecuentes excursiones a España.

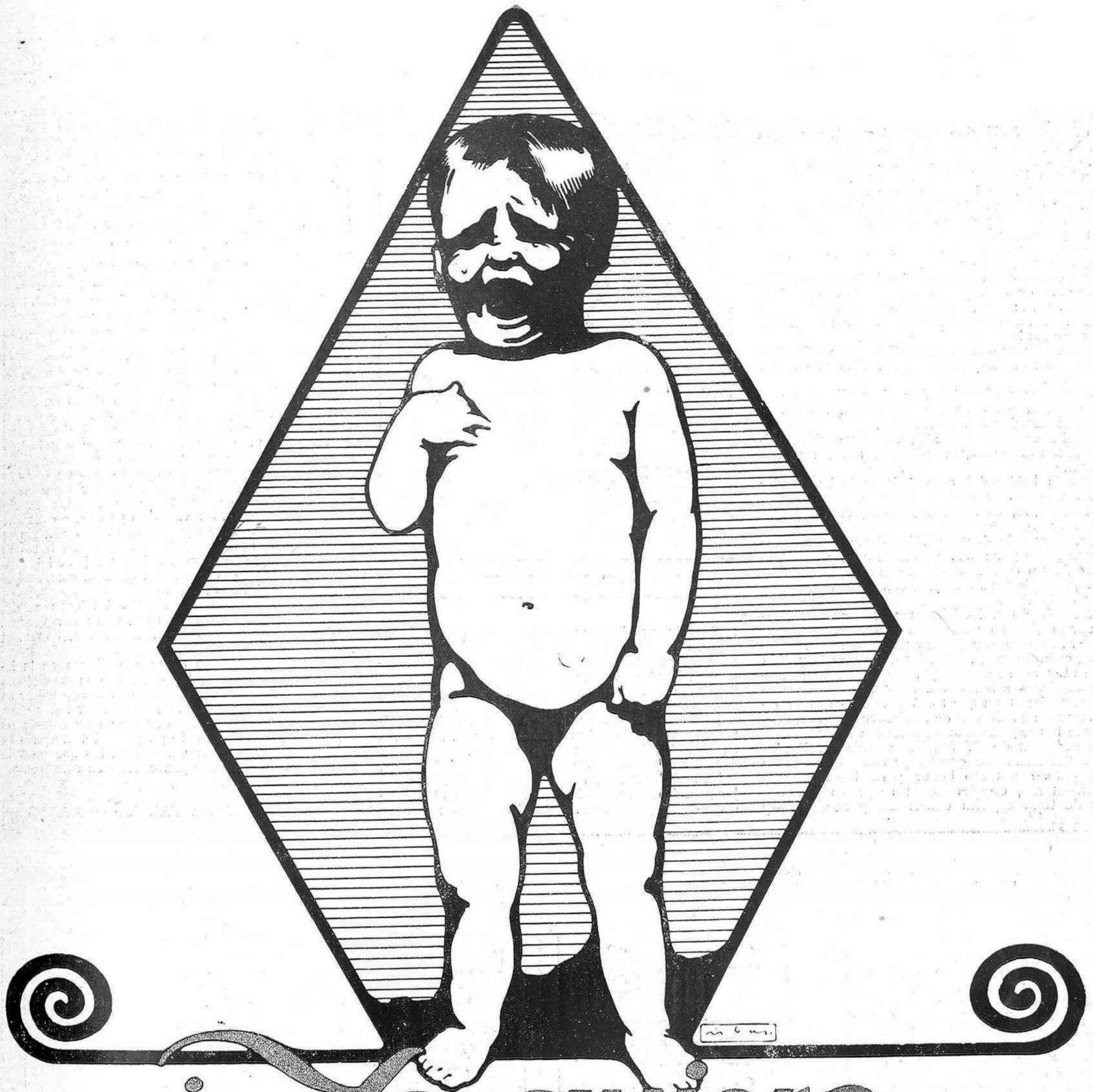
El 16 de Marzo de 1856 dió a luz un



Retrato de la Emperatriz Eugenia, pintado por Winterhalter

hijo, que recibió el título de Príncipe Imperial. Dotada de no comunes talentos, quedó encargada de la Regencia del Imperio, cuando Napoleón III pasó a la campaña de Italia en 1859, y actuó como colaboradora de su esposo en diversas épocas, no sólo en los asuntos políticos, sino en cuanto podía redundar en beneficio de Francia y de sus hombres de mérito. Así, fué gran valedora del insigne Lesseps, el constructor del canal de Suez, cuya magna obra fué a inaugurar personalmente la Emperatriz en Agosto de 1869, un año antes de la ruina del Imperio.

La guerra de 1870 valió de nuevo a la Emperatriz el título y las funciones de Regente, aunque sólo las ejerció durante algunas semanas. Fueron aquellos los momentos más trágicos de la vida de Eugenia de Montijo, que luego ensombrecieron para siempre la muerte del esposo y la del hijo adorado, en plena juventud. El Emperador la confió el difícil cargo el 23 de Julio, al abandonar París para asumir el mando supremo de los ejércitos franceses. Derrotados éstos y llevados, por último, al desastre de Sedán, triunfante la Revolución, y destronado el Emperador, vióse obligada a huir de París, lo que efectuó en la noche del 4 de Septiembre, protegida en su peligrosa fuga por dos embajadores extranjeros y por el dentista de cámara norteamericano Evans, que la condujo hasta el puerto donde embarcó para Inglaterra. Allí residió desde entonces la Emperatriz, especialmente en su castillo de Farnborough Hill.



*¡No quiero  
que me laven con  
Jabón  
Pleno de Prowia!*

Idea

# LAS JUVENTUDES UNIVERSITARIAS

Yo no tenía idea de que en España hubiese tanta mujer en las Facultades de Derecho, Ciencias, Filosofía y Letras, Medicina y Farmacia.

La Asociación Nacional de Mujeres, ó, por mejor decir, el Consejo Supremo Feminista Español, ha avalorado su potentísimo núcleo social con las Juventudes Universitarias femeninas, que preside, en presidencia de honor, la eximia doctora Alexandre, y como presidenta efectiva la ya ilustre doctorcita Soriano, que honra su preclaro apellido, tan respetado en Medicina por su cultísimo padre, uno de los españoles que más se han preocupado de la situación de la mujer.

Predicando con el ejemplo, ha dado carrera á la distinguida oculista que hoy preside la agrupación, y pronto verá maestra y bachiller á otra ahijadita encantadora, que «sabe además jugar al balón y hacerse unos lindísimos tirabuzones».

Si; ese tipo odioso de la marisabieleta va desapareciendo á medida que no es *rara avis* una mujer diplomada.

Los gloriosos ejemplos de mujeres ilustres, que no pierden su feminidad por abrir media docena de libros, se suceden constantemente.

¿Habéis entrado en el alma de Concepción Alexandre, tan ecuánime, tan piadosa, tan seria y tan afable...?

¿Oísteis hablar del niño á Rosario Lazy? ¿La habéis visto saber compenetrarse con un marido tan inteligente, en todas las cosas, como Tomás Elorrieta?

¿Sabéis que la doctora Pérez-Rama se nombra doctora Soria por rendir homenaje á su marido, el ilustre doctor de este nombre, con quien trabaja, al igual que la doctora Márquez con su ex discípulo y esposo felicísimo?

¿Conocéis á esa dulcísima maestra, ex pensionada por la Junta de Estudios superiores, que se llama Pilar Oñate, y quien en año y medio se ha hecho, como Pasapal, bachillera, licenciada y doctora en Letras? Preguntad por su feminidad y su ternura á quienes asistieron á los cursos para maestros extranjeros en que tomó esta señorita la investidura de profesora de profesores, de prestigio docente tan experto como Menéndez Pidal.

La sencillez de D.<sup>a</sup> Matilde García del Real—una mujer admirable que ha paseado el concepto de España con tanto honor para los españoles extrafrontereros, captándose el respeto acendradísimo de todo espíritu consciente y ecuánime—y



EXCMA. SRA. DOÑA MARÍA ESPINOSA  
Presidenta del Consejo Supremo Feminista Español

tantas otras mujeres muy estudiosas y muy femeninas, en el alto sentido de la palabra, han preparado apostólicamente la florida ruta de la dignificación, que hoy andan ya libres de trabas, estas mujercitas serias que hoy forman la Agrupación de las Juventudes Universitarias españolas.

El hombre civil no se asusta de las mujeres cultivadas, y en esta cultura saben disfrutar todas las seguridades de un amor recio y fuerte.

Saber hoy es de tanta necesidad como beber ayer. La estilización espiritual á que ha llegado la mujer pide desgaste, y ó lo tiene, ó cae en el laboratorio de las picardías... Ahora las damas no cosen

á mano «con tijeritas de oro las camisas á su Fernando»; no han de vigilar el lampión del rellano, porque la luz viene hecha y con un botonazo la guardilla ó el palacio se iluminan luego; las sobra, por lo menos, dos terceras partes del tiempo y de actividades. ¿En qué preferís que las empleen vuestras hijas?

María Martínez Sierra, que tiene mucho entendimiento—aunque la guste ser agresiva sin necesidad—justifica muy bien estas cosas y tiene una observación, sutil é irónica como suya, á propósito de lo fácil que ha sido para la mujer española conquistar el aula.

«En otros países había cláusulas prohibitivas para que la mujer estudiase en Facultades—dice—. Aquí, en España, no hubo para nosotras lucha, iporque de tal suerte olvidaron á la mujer, que se olvidaron las Universidades hasta de colocar esta prohibitiva cláusula!»

Yo, como madre, casi abuela, más que como vicepresidente del Consejo Supremo Feminista, os reverencio, señoritas admirables, que no queréis hacer del matrimonio un obligado dogal de cocido y *beefsteack* con patatas; que conocéis que seis de cada siete mujeres han de bastarse á sí mismas ó caer en las prostituciones del cuerpo ó del alma; que tenéis un noble concepto de la responsabilidad y no aprobáis que vuestro padre «tire» de ocho *individuas* que se desdoran trabajando y no se afrentan de ver que el sueldecico de coronel, abogado, médico ó profesor, de vuestros padres, no alcanza y hay que vivir trampa y anemia adelante..., sin un rato de asueto para el pobre envejecido y la mártir envejecida, que se permiten ciertos hijos é hijas llamar en esas orlas cursis, eternamente estereotipadas: «Adoradísimos papás.»

No; al padre se le adora como á Dios: rezando, pero obrando. Amando, en fin, con amor verdad. Y esto hacen hoy estas muchachitas, con altos anhelos y sin pampanaje.

Loor á la mujercita joven que piensa en la inquietante pregunta: «¿Qué hacemos con los viejos?»

Claro está que la que tiene la suerte de hallar un marido noble y con suerte financiera, y tener unos chiquejos rubios y sanotes, hará un paréntesis de unos años, en que *todo* lo pospondrá á la gloria de ser madre, como hicimos nosotras, las que y sólo servimos de ductrices apuntadoras en este tremendo alúd del feminismo.

MARÍA VALERO DE MAZAS



Al pasar guapa jamona por la calle de La Plata, dice el marino Carmona á su compare el Zapata: —Con tan velera fragata no temo á una varadura. —¡Ojo!—le dice el Zapata—: ¡usa crema PECA-CURA!

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES  
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

Vea usted  
Compre usted  
Lea usted

## El Año Artístico 1919

Es la historia de las Bellas Artes en España,  
escrita por el ilustre crítico

**JOSÉ FRANCÉS**

Un tomo de 420 páginas de gran tamaño, con 350 magníficas ilustraciones y cubierta á todo color, original del admirable dibujante

**MANUEL BUJADOS  
TRECE PESETAS**

TINTAS  
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE  
**Pedro Closas**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES  
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 7) BARCELONA  
Espacho: Unión, 21

## ELIXIR ESTOMACAL de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

### ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

**J. C. WALKEN**

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16